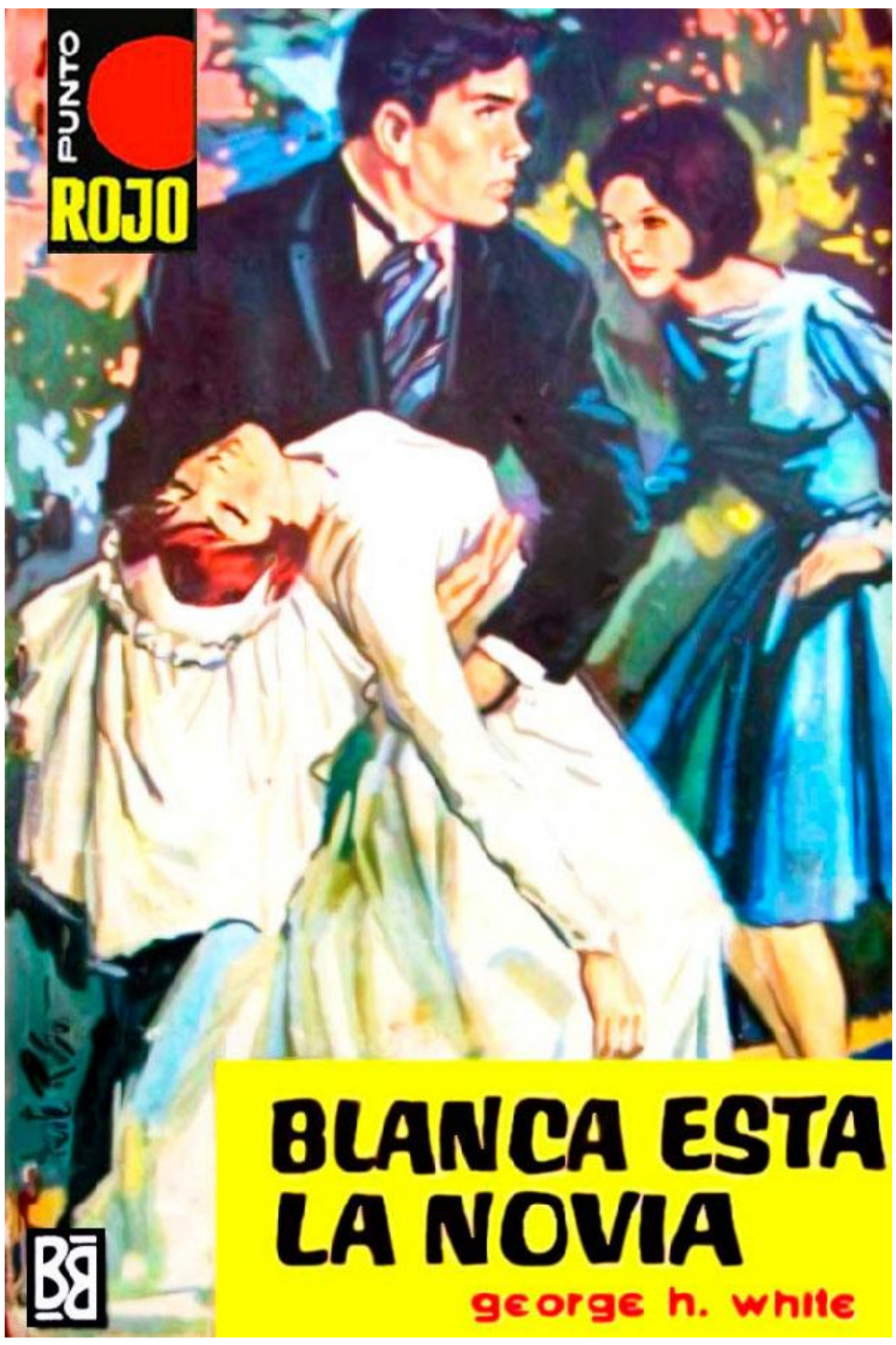


PUNTO

ROJO

A dramatic illustration in a painterly style. In the foreground, a woman in a white dress with a ruffled collar is being held or supported by a man in a dark suit and striped tie. She has her head tilted back and eyes closed. In the background, another woman in a blue dress looks on with a concerned expression. The scene is set outdoors with foliage visible.

# BLANCA ESTA LA NOVIA

george h. white



BLANCA ESTÁ LA NOVIA

**GEORGE H. WHITE**

# **BLANCA ESTÁ LA NOVIA**

Colección PUNTO ROJO n.º 76

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA**

DEPOSITO LEGAL B 19.153 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.<sup>a</sup> EDICIÓN OCTUBRE - 1963

© GEORGE H. WHITTE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4426/63

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

782. —Un hombre llamado John.

En Colección SERVICIO SECRETO:

684. —El cielo se tiñó de sangre.

En Colección BUFALO:

448. —Cuerda para un culpable.

En Colección CALIFORNIA:

358. —Tierra de amigos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

344. —Ha llegado un revólver.

En Colección KANSAS:

274. —Forajido.

En Colección COLORADO:

290. —La ruta de Kansas.

En Colección ASES DEL OESTE:

130. —El pastor del Colorado.

En Colección BRAVO OESTE:

77. —De buena ley.

# BLANCA ESTA LA NOVIA

*por*

**GEORGE H.  
WHITE**



## CAPÍTULO PRIMERO

La mansión de los Lawler era una de las mayores de St. Paul, e indiscutiblemente la más suntuosa y cómoda de la media docena que le disputaban su título de mayor antigüedad, por no poder competir con ella en ningún otro terreno. Enclavada en los límites de la ciudad, en las alturas de Columbia Heights, en una herbosa ladera con hermosas vistas sobre Silver Lake, disfrutaba sin duda de las delicias de un paraje encantador, cerca a la vez de la ciudad e idealmente apartada de los ruidos del tráfico y el trajín de un pueblo laborioso como el de la industria St. Paul.

Llegando por la carretera particular desde la principal número ocho, el visitante se encontraba repentinamente ante una alta verja de hierro rematada en aguzadas puntas de lanza. Junto a la puerta, a la derecha y del lado interior de la verja, se levantaba un pabellón de ladrillo rojo destinado a vivienda del guarda. Desde la puerta de la verja y a través de los barrotes, la vista alcanzaba la perspectiva de una amplia alameda, y al final de ésta la casa de mármol rosado destacándose sobre el fondo de verdor del parque.

La verja era casi un objeto de ornamentación, pues apenas alcanzaba unas cincuenta yardas a cada lado del camino y no bastaba ni con mucho a cubrir todo el perímetro de la extensa propiedad. Sin embargo cumplía la misión de cerrar el paso a los vehículos de los curiosos y los turistas, que a veces se internaban por la carretera particular desoyendo el reiterado aviso de los carteles prohibiendo el paso.

Desde el pabellón del guarda a la mansión, existía una línea telefónica, mediante la cual se avisaba a la casa cuando cruzaba la puerta el automóvil de alguno de los personajes importantes que frecuentemente visitaban Lawler House.

La jornada del 8 de setiembre fue anormalmente calurosa para lo avanzado de la estación, en Minnesota, y resultó de una actividad agotadora para la servidumbre de los Lawler. Grandes preparativos se estaban llevando a cabo tanto en la casa como en el parque que se extendía a espaldas de la mansión con vistas al lago.

Floristas, decoradores, electricistas y carpinteros trabajaban afanosamente en el exterior, mientras en la casa corrían atropelladamente criados y doncellas, modistas, lampistas y pintores.

En la enorme cocina, reposteros y cocineros llevaban trabajando todo el día bajo la supervisión de Jim Barlow, el eficiente e imperturbable mayordomo de los Lawler. Tartas de boda, disciplinadas formaciones de copas de todos tamaños y ceniceros se alineaban en las largas mesas. Y las cajas de champaña, de *whisky* y de vodka se amontonaban por docenas en los pasillos inmediatos a la cocina.

Al día siguiente se celebraría la boda de *miss* Emma Lawler con *míster* Winfield Smith, y se habían tomado todas las medidas para que la ceremonia y el banquete que seguiría revistieran carácter de verdadero acontecimiento.

La trascendencia del acto iba a estar en relación directa con la importancia social, así como política y financiera de los Lawler, pues el padre de la novia era, además de una de las grandes fortunas del país, alcalde de la ciudad de St. Paul y candidato gobernador por el Estado de Minnesota en las elecciones a celebrarse el próximo noviembre.

También poseía su propia significación, aunque más oscura, la persona del novio; *míster* Winfield Smith, propietario de algunas fábricas de pasta de papel en el norte del Estado, millonario y según se decía, sucesor de Lawler para el cargo de alcalde de St. Paul, candidatura que abandonaría su suegro para aspirar al más alto puesto de gobernador.

*Míster* Arthur Lawler, un hombre rechoncho de pelo rojizo y grueso cuello, cuidaba personalmente de los menores detalles. Un suceso histórico como estaba llamado a serlo el enlace matrimonial de su hija, no podía abandonarse en manos torpes ni memorias demasiado flacas. La boda tenía que ser un éxito, tanto social como políticamente hablando.

Desde un mes antes de la fecha de la boda, míster Lawler indagaba cada mañana la previsión del tiempo para el 9 de setiembre.

Cuando finalmente obtuvo seguridades plenas de que ese día reinaría buen tiempo, Lawler dispuso que tanto la ceremonia como el banquete tendrían lugar al aire libre en el parque de la mansión familiar, ya que la casa habría resultado insuficiente, aun con sus grandes salones, para albergar al gran número de invitados.

El marco elegido por míster Lawler para la ceremonia era realmente magnífico; una gran extensión de terreno a espaldas de la casa cubierto de césped donde estaban la piscina y el campo de tenis, bajo la sombra de los gigantescos magnolios, sabiamente espaciados entre sí para no entorpecer la magnífica perspectiva sobre el lago.

Derrochando a troche y moche, míster Lawler ordenó quitar las vallas de la pista de tenis, cubrió la piscina para convertirla en pista de baile, e hizo plantar altos postes entre los que se tendieron grandes toldos listados para preservar a los invitados del sol y también del aguacero de alguna tormenta que por efectos del calor pudiera producirse a primeras horas de la tarde según las predicciones meteorológicas.

Largas mesas y centenares de sillas de playa fueron alquiladas y colocadas en ordenadas filas bajo los toldos.

Desde el gran pórtico de la fachada posterior de la mansión, un largo pasillo alfombrado conduciría pasando junto a la piscina cubierta hasta el improvisado altar.

A fin de que la ceremonia pudiese ser seguida con toda comodidad por los invitados, Lawler hizo levantar por los carpinteros un estrado al que se llegaba por tres escalones. El altar tendría por marco el follaje de las magnolias y había sido colocado allí donde daría la sombra de los grandes árboles entre las nueve y las diez de la mañana.

La tarde de la víspera, míster Lawler insistió en hacer un ensayo general de la ceremonia, a fin de asegurarse de que todo saldría bien. Los jardineros habían estado toda la tarde llevando tiestos que colocaron en dos filas a cada lado del pasillo. Lawler se empeñó en que se tendiera la alfombra desde la casa al pie del altar y también sobre el estrado y los escalones donde los novios se arrodillarían,

pues los Lawler profesaban la religión católica.

Emma Lawler, muy ocupada en las últimas pruebas de su fastuoso vestido de novia, fue excusada de asistir al ensayo, no sin gran contrariedad de míster Lawler. Pero Winfield Smith acudió, como asimismo algunos íntimos de la familia. *Miss Relia Allison*, la secretaria de Lawler, ocupó el lugar de la novia y tomó el brazo de su jefe para pasar lentamente a los majestuosos acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn por el pasillo en dirección al altar.

Un espectador fastidiado por todo este perifollo resultó ser Nathan Pickens, fiscal de St. Paul, el cual había venido a Lawler House para tratar un asunto con su jefe político, y se encontró sin pensarlo con el ensayo general.

Pickens, en otro tiempo candidato a ocupar el puesto que Winfield Smith ocupaba ahora, se alejó dando la vuelta a la casa y fue a instalarse bajo los pinos que daban sombra a las techumbres de la mansión ante la fachada sur de la misma. Mesas de jardín y sillas metálicas, sombrillas de lona listada de alegres colores, divanes-columpios y caballetes con dianas habían sido llevados allí desde el césped contiguo a la piscina.

Sobre una mesa, junto a un montón de flechas de acero suecas, había sido abandonada una ballesta.

El tiro con arco y ballesta constituía una de las aficiones de Emma Lawler y se había extendido al resto de la familia y los amigos de la casa. Arthur Lawler, que gustaba de las competiciones de destreza, reunía en ocasiones hasta una docena de personas para hablar de política, y mientras dictaba las directrices del partido iba disparando saeta tras saeta con una ballesta contra la diana colocada a treinta pasos de distancia.

Pickens, el juez Mac Fadden, el capitán de policía y los tenientes de alcalde, habían tenido que probar uno tras otro su fortuna en el manejo del arco y la ballesta, y algunos de ellos habían terminado por aficionarse a este deporte.

Aburrido e irritado, más lo segundo que lo primero, Nathan Pickens montó la ballesta y puso una de las flechas de acero en el arma para tomar puntería sobre una de las perforadas dianas. En el mismo momento veía llegar al mayordomo doblando la esquina del edificio. Nathan bajó la ballesta y miró a Rogers.

—¿Ocurre algo, Rogers? —preguntó Pickens.

Rogers se detuvo. Era alto, delgado y tenía el pelo gris, muy claro en la parte superior del cráneo donde apuntaba una avanzada calvicie.

El mayordomo hizo una mueca y dijo:

—Ese *gángster*... Alva Vicenes, ha vuelto otra vez e insiste de nuevo en ver a la señorita Emma.

—¿Se lo has dicho al señor Lawler?

—No. ¿Para qué? Sus órdenes son terminantes respecto a Vicenes. Hay que echarle tantas veces como venga con la pretensión de hablar a la señorita.

—¿Ha estado Vicenes por aquí otras veces en las últimas semanas?

—Sí, al día siguiente del regreso de la señorita de su viaje por Europa. Después de eso ha estado telefoneando a todas horas. Esta mañana, por último, le sorprendí cuando iba a colarse dentro de la casa. Había dejado su automóvil en la carretera y llegó hasta la casa a través del bosque. Era muy temprano. La escolta de mister Lawler acababa de llegar. Los motoristas se encargaron de echarle fuera.

—¿Y ahora es usted quien va a echarle, Rogers? ¿No excede eso de sus obligaciones como mayordomo? —interrogó Pickens esbozando una irónica sonrisa.

—Eso es exactamente lo que yo pienso, señor. Algo debe ocurrir para que Barlow el guarda insista tanto en que debo acudir a la puerta de la verja. El guarda dice que Vicenes viene acompañado esta vez de una mujer, y que Vicenes asegura que tiene algo muy importante que declarar.

—¡Caramba! —exclamó Pickens sintiendo aumentar su interés. Depositó la ballesta sobre la mesa de jardín—. Vamos, le acompañaré.

Dejando la alameda a la izquierda, Nathan y el mayordomo avanzaron por un sendero entre los árboles que iba en línea recta a acortar el camino hasta la verja.

La verja estaba cerrada y el guarda, del lado interior, manoseaba nerviosamente una carabina. Entre los barrotes, en el camino, se veía un automóvil convertible moderno. Un hombre joven y alto se encontraba de pie junto al coche.

Era Alva Vicenes. Pickens, era alto también aunque desgarrado, reconocía en su fuero interno la superioridad física de aquel rival.

Vicenes tenía una estupenda figura, era guapo, con ojos azules y largas pestañas, y vestía con esa elegancia descuidada tan difícil de imitar que sólo un hombre de cada mil posee por derecho propio.

Pickens detestaba en general a todos los hombres que gozaban del favor de las demás, pero mucho más a Vicenes por haberle arrebatado —así lo creía él— el amor de Emma Lawler.

Probablemente todo lo que Emma había sentido por Vicenes no pasó de un simple deslumbramiento pasajero. Ahora que estaban de moda ciertas expresiones siderales, Pickens se explicaba lo ocurrido de este modo: Un satélite escapado de control, Emma Lawler, se encontraba con un hermoso planeta, Alva Vicenes, y era atraído a la órbita de éste. De pronto aparecía en el firmamento de Emma una estrella rutilante, Winfield Smith, y, desviada de su anterior órbita, el satélite iba a quedar cautivo para siempre el nuevo sol.

Ni Pickens ni Vicenes habían conseguido retener a Emma, pero Vicenes había sido en principio el causante del trastorno de errante satélite, y Pickens no le perdonaría jamás la desastrosa influencia que para sus planes había ejercido temporalmente sobre Emma Lawler.

Alva Vicenes, nervioso y menos seguro de sí mismo de lo que le era habitual, se acercó a la verja.

—¿Quiere usted ver a la señorita Lawler, Vicenes? —preguntó Pickens desde el otro lado de la puerta.

—A Emma o a míster Lawler, da lo mismo. Lo importante es que pueda hablar con alguno de ellos. He sabido algo que quizá haga cambiar los planes de míster Lawler respecto a la boda de su hija —dijo Alva Vicenes con voz crispada por la ansiedad.

—¿De veras? —inquirió Pickens incrédulamente—. ¿Qué es ello?

—Eso se lo diré a míster Lawler y a nadie más que él...

Pickens señaló al lujoso automóvil.

—¿Me han dicho que trae ahí una mujer? ¿Quién es?

—Eso no importa, usted no la conoce.

—¿Cómo se llama?

—Grace Talbot. Fue una de las secretarias de Smith cuando éste tenía negocios en Reshaw, Oregón.

—¿Guapa ella?

—Sí, bastante. Demasiado para un cerdo como Winfield Smith.

—Comprendo —dijo Pickens sintiendo titilar una débil

esperanza en su interior—. Adelante, Barlow. Abra la verja y permita entrar al señor Vienes. Yo mismo voy a anunciarle a míster Lawler.

Mientras Pickens se dirigía rápidamente hacia la casa por el sendero, sonaban de nuevo en el parque los majestuosos acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn.

La tarde se había tornado repentinamente oscura. Pickens atravesó la pinada. Al doblar el ángulo del edificio se detuvo para observar las negras nubes de tormenta que se estaban acumulando sobre las montañas. En el improvisado altar, Winfield Smith y la señorita Allison se habían reunido y se arrodillaban sobre el último escalón del estrado.

Pickens avanzó por el alfombrado pasillo central cuando el viento trajo algunos goterones de lluvia. Lawler miró al cielo y profirió un gruñido:

—Me parece que vamos a tener que dejar el ensayo. Bueno, de todos modos ya cada uno de nosotros sabe lo que tiene que hacer y el lugar que debe ocupar.

La distinguida señora Strahorn se puso en pie. La señora Strahorn, esposa del senador Strahorn, habría de ser la madrina durante la ceremonia del día siguiente. En este momento llegó un hombre vistiendo overol azul y gorra de trabajo y dijo:

—Señor Lawler, temo que tendremos que quitar las alfombras antes que empiece a llover de firme...

—Sí, claro. Pueden quitarlas, de todos modos ya hemos terminado. Gracias, señora Strahorn. El ensayo ha sido perfecto. Yo creo que todo saldrá bien, ¿eh? Gracias también a usted, *miss* Allison.

Lawler tenía que sentirse realmente contento para mostrarse tan amable con seres tan humildes como la señorita Allison y el empleado encargado de preservar las alfombras de la lluvia. Generalmente era un hombre brusco, autoritario y poco comprensivo con los errores y las faltas de sus subordinados.

Pickens se cruzó con la señora Strahorn y la señorita Allison, llegando al pie del estrado donde habían quedado Winfield Smith y míster Lawler.

—¿Me permite, señor Lawler?

—Hola, Pickens. Creí que se habría marchado.

—No. Tuve que acudir a la puerta de la verja con Barlow. Ese hombre, Alva Vicenes...

—¿Otra vez ese maldito tipo? —rugió Lawler colérico—. ¡No me diga que está otra vez ahí lloriqueando por ver a Emma!

—No, no lloriqueaba. Pero está allí exigiendo verle a usted.

—¿A mí? ¿Para qué?

Pickens espió la expresión del rostro de Smith.

—Vicenes dice haber averiguado algo capaz de impedir la boda de Emma con el señor Smith.

Lawler abrió la boca estupefacto. Winfield Smith pegó un ligero respingo. Una súbita palidez cubrió su rostro, haciendo que se destacaran las pequeñas pecas rojizas de su frente, en el nacimiento de los cabellos rubios y lacios.

—Pero, ¿qué está diciendo usted? —rugió Lawler—. ¿Qué es lo que ese tipo ha averiguado?

—No lo sé, pero trae con él una mujer. Quizá el señor Smith sepa algo de todo esto. La mujer se llama Grace Talbot y, según parece, fue secretaria del señor Smith allá en Oregón.

Lawler se volvió hacia Smith. El trastorno de su futuro yerno no pudo pasarle desapercibido.

—¿Qué significa esto, Smith? ¿Conoce usted a esa mujer?

Smith tragó saliva con dificultad. Su pronunciada nuez saltó hacia arriba. Luego se puso colorado y asintió con leve movimiento de cabeza.

—Sí... sí. No esperaba... En fin, creo... —balbució, y se interrumpió de nuevo tremendamente azorado.

Se hizo un silencio. Estaban cayendo grandes gotas. Los músicos de la orquesta recogían apresuradamente sus instrumentos y los obreros enrollaban la larga alfombra que llegaba desde el pórtico de la casa al pie del estrado.

—Vamos dentro de casa, Winfield —dijo Lawler con acento amenazador—. Tenemos que hablar.

Nathan Pickens siguió a los dos hombres en dirección a la casa. Los tres tuvieron que apartarse metiéndose entre las sillas y las mesas, mientras pasaba rodando el rulo que formaba la alfombra al ser enrollada por los criados.

Al llegar al pórtico de la casa, Lawler se detuvo buscando con la mirada a Pickens que llegaba detrás.

—Ése... Vienes. ¿Espera todavía?

—Sí.

—Está bien, hágale pasar. Y a la mujer también.

## CAPÍTULO II

El salón donde Alva Vienes fue introducido era de grandes dimensiones, con un estrado al fondo sobre el que se veía un gran piano de concierto y unos pesados cortinajes rojos que en determinadas ocasiones podían convertir el estrado en una especie de pequeño escenario.

Mister Lawler había tomado asiento en la banqueta ante el piano, mientras que Pickens y Smith permanecían de pie.

—Está bien, Vienes, acérquese —dijo Lawler con aspereza al advertir que Alva se detenía después de trasponer las grandes puertas de dobles hojas—. Venga aquí y diga todo lo que tiene que decir. ¿Dónde está esa mujer?

—La dejé afuera, en el automóvil.

Lawler se volvió hacia Pickens.

—Vaya a buscarla y tráigala aquí.

—No es necesario —dijo Alva temiendo por el derrumbamiento de su estratagema.

—Deje que sea yo quien decida lo que es necesario y lo que no lo es —repuso Lawler autoritariamente. E hizo una seña a Pickens.

Pickens se cruzó con Vienes mientras iba hacia la puerta. Vienes llegó hasta el pie del estrado y se detuvo. Era alto, con amplias espaldas. Vestía un traje gris oscuro que le caía maravillosamente y tenía en una mano el sombrero.

—Hable, Vienes —dijo Lawler con aspereza—. Espero que lo que tenga que decir redunde en méritos para que no le arroje a la calle a puntapiés.

—Nadie me ha echado nunca de ninguna parte a puntapiés, señor Lawler.

—Pues hoy será la primera vez, si lo que trae usted es un puro

cuento sin el menor fundamento de verdad. ¿Quién es esa mujer?

—Grace Talbot. Fue secretaria de míster Smith hace algunos años en Reshaw, Oregón... cuando míster Smith tenía negocios allí.

—¿Qué quiere?

—Ella no quiere nada.

—¿Entonces?

—Me he tomado la pequeña molestia de investigar en el pasado de míster Smith, por antojármese que ustedes lo recibían sin recelos a pesar de conocer muy poco de su vida. Esa mujer no se hace demasiadas ilusiones respecto a lo que pueda conseguir. Tiene un hijo de Winfield Smith y recibe todos los meses un cheque por valor de mil dólares que le permite un holgado pasar y atender a la educación y el cuidado de su hijo...

Lawler se volvió con el rostro lívido hacia Smith.

—¿Es eso cierto, Winfield?

Smith estalló temblando de vergüenza y de rabia:

—¿Y cómo demonios puedo yo saber si es cierto? Tuve relaciones con esa mujer. Luego apareció el niño... Para ella resultó muy cómodo echarme la paternidad del crío. ¿Cómo puede un hombre saber si un hijo es realmente hijo suyo?

Lawler guardó abrumado silencio por espacio de un minuto.

—Winfield...

Se interrumpió, pues en el mismo momento entraba Pickens acompañado de una mujer de unos treinta años, no fea y vestida sin pretensiones con un modesto traje sastre de entretiempo. Al ver a la mujer, Winfield Smith abrió unos ojos tamaños señalándola mientras exclamaba:

—¡Yo no conozco a esa mujer! ¡Nunca la he visto, no es Grace Talbot!

Lawler abandonó el taburete mirando a Vienes.

—¿Qué juego se lleva entre manos, Vienes? ¿Qué significa este engaño?

—Cada uno juega sus triunfos según las cartas que tiene en la mano, señor Lawler —repuso Vienes tranquilamente—. El detective que envié a Reshaw no pudo convencer a *miss* Talbot para que viniera, pero la presencia física de la persona sólo tenía en este caso un valor relativo. Míster Smith ha confesado que tuvo relaciones con una señorita Talbot de Reshaw, Oregón, a la cual

envía mensualmente un cheque por mil dólares. Para lo que yo pretendía demostrar, es suficiente con la declaración de Smith. Ahora, usted obrará como mejor le parezca.

—¡Maldito tramposo! —rugió Lawler fuera de sí—. ¡Largo, márchese de aquí! ¡Y llévase a esa mujer, a esa... lo que sea!

Vicenes ya había alcanzado con amplitud el objetivo que se propuso. Estaba satisfecho de los resultados obtenidos con su estratagema. Una vieja ley afirmaba que en la guerra y el amor todo está permitido. Él estaba librando una guerra por no perder el objeto de su amor, y por lo tanto no se sentía ni avergonzado ni arrepentido por lo que acababa de hacer.

—Vamos, aquí estamos de sobra —dijo asiendo a la mujer por el brazo.

Cuando cruzaban el suntuoso vestíbulo retumbó un trueno que hizo estremecer hasta los cimientos de la casa. Llovía torrencialmente cuando salieron. Alva corrió bajo la lluvia para abrir la portezuela del coche a su compañera, y luego dio la vuelta por delante del capó para alcanzar la otra portezuela.

Susana Hebard dijo admirada mientras sacudía las gotas de lluvia de su manga:

—No comprendo del todo lo ocurrido, más por lo que he oído parece que tuvo éxito la representación.

—Sí. Smith pudo haber negado todos los cargos diciendo que ni siquiera eras la señorita Talbot, pero se asustó antes de verte aparecer y se fue del pico como un estúpido. —Alba metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño rollo de billetes—. Toma, te has ganado el premio y aún añadido cien dólares sobre lo convenido.

—¡Pero si no hice nada! —exclamó la mujer tomando el dinero.

Alva se echó a reír mientras ponía el motor en marcha y hacía funcionar los cepillos limpiaparabrisas. El elegante convertible rodó suavemente por la alameda hasta detenerse ante la verja. El guarda salió envuelto en un impermeable. El coche traspuso la puerta y se deslizó sin prisas por el camino particular hasta la carretera general.

Alva ya no reía, sino que con expresión preocupada iba midiendo el alcance posible de lo que acababa de hacer.

En primer lugar, míster Lawler iba a tener una noche sin sueño mientras dudaba ante la decisión que debería tomar. De un lado, aquel matrimonio tan cuidadosamente planeado, amenazaba en

convertirse en ruinoso negocio para el honorable míster Lawler.

Ciertamente, Smith no dejaría de ser un hombre rico porque tuviera en su pasado una amante y un hijo a los que enviaba mensualmente una cantidad. Pero, al menos políticamente, Smith era hombre al agua. Lawler, que había pensado en su futuro yerno para sucederle en el cargo de alcalde y así asegurarse el dominio de la ciudad, tendría que desistir de tan ambiciosos planes.

Una mancha de aquella naturaleza en el pasado de un hombre que acababa de entrar en una familia intachablemente católica, era cosa que no se le perdonaría a Lawler. Éste haría bien en adoptar una actitud rígida e intransigente, recusando al yerno públicamente aunque fuese a costa de dar la campanada. Pero, desgraciadamente, a juicio de Alva, Lawler no era en el fondo el hombre religioso ni moralista que pretendía aparentar ante sus electores.

Existían otra clase de motivos que harían vacilar la conciencia de Lawler ante lo que sin duda era su ineludible deber, y éstos eran en primer lugar los prejuicios, el temor al escándalo, a lo que la gente diría...

Se necesitaba mucho valor y presencia de ánimo para suspender una boda en la víspera de su consumación, después de repartidas las invitaciones, aceptados los regalos, avisados los periodistas, los noticieros cinematográficos y hasta las cámaras de televisión. Lawler había dado un bombo extraordinario a la celebración de aquella boda.

Sería muy duro tener que volverse atrás.

Alva Vicens se reprochó a sí mismo, como si realmente fuese culpa suya.

«Demasiado tarde quizá. Si hubiese yo sospechado lo de Smith sólo dos semanas antes...».

Estaban entrando en la ciudad. Las negras nubes que oscurecían el cielo acortaban la duración de la tarde. Brillaban las luces del alumbrado público y los carteles luminosos. Los autos que pasaban en dirección contraria llevaban encendidas las luces de situación. Alva encendió las suyas.

Cuando tomaron el puente sobre el río Mississippi, cesó de llover. En el estribo opuesto del puente brillaban las luces de la ciudad gemela, Minneapolis.

—Puedes dejarme en la esquina entre Hiawatha Avenue y Cedar

Avenue. Ya ha dejado de llover —dijo Susana. Y poco después, al detenerse el coche y echar pie a tierra, dijo riendo—: Ya sabes, si sale otro trabajito tan sencillo como éste, no dejes de avisarme.

—Dios no lo quiera —repuso Alva con una sonrisa melancólica mientras cerraba la portezuela.

Por Cedar Avenue, Alva siguió hasta Lake Street, y detuvo el coche ante los rutilantes letreros luminosos del «Kingdom Club». Éste era el club propiedad de Vicenes, una de sus principales fuentes de ingresos, sino la principal, que eran las apuestas a las carreras de caballos.

En el club, los empleados de Alva hacían los preparativos para recibir a los primeros clientes, que ya no debían tardar en llegar.

El «Kingdom» era un buen local, ni pequeño ni demasiado grande, cómodo y elegante. Daba buenos espectáculos, tenía una orquesta decente y una estupenda cocina. Y además de esto, los clientes de confianza amigos de las emociones fuertes, podían jugar cuanto dinero quisieran en la sala instalada en el sótano, con una salida de emergencia secreta para un caso de apuro si llegaba la policía.

Todo el edificio de seis pisos era propiedad de Alva Vicenes y estaba dividido en doce apartamentos de lujo, de los cuales diez se hallaban alquilados, quedando uno de los primeros y un ático reservados por el dueño.

En el primer piso había varias habitaciones para los empleados y los artistas de variedades contratados por cortas temporadas, que así se ahorran el pago de una habitación de hotel.

En el ático tenía Alva sus habitaciones particulares.

La tormenta que descargó sobre las ciudades gemelas de St. Paul y Minneapolis a últimas horas de la tarde, se había alejado al caer la noche. Sin embargo, quedaba el núcleo tormentoso estacionado sobre las montañas, del cual surgían con intermitencia tenebrosos relámpagos.

La noche cerró, tornándose súbitamente fría. El riesgo de una tormenta iba a restar público al club. Alva tomó el ascensor particular hasta el ático donde tenía sus habitaciones, después de ordenar a Bill «Mouth» (Bocazas) que le subiera una comida ligera.

Alva Vicenes estaba en camisa sentado en el borde del diván con un vaso de *whisky* en la mano, mirando pensativamente al teléfono,

cuando el gigantesco «Mouth» entró llevando la cena en una bandeja. «Mouth», que ya había rebasado los cincuenta y profesaba un amor casi paternal a su joven jefe, miró a Alva con inquietud y ternura.

—¿Las cosas no salieron bien, jefe?

—No hay por qué preocuparse, Bill —repuso Alva distraídamente.

—Pero usted se preocupa, jefe. Y viéndole preocupado me tengo que preocupar yo también —dijo «Mouth» depositando la bandeja sobre una mesita baja y larga que había ante el diván.

—Llévate eso, Bill. No voy a comer.

—¡Demonio, usted pidió la comida!

—Se me fue el apetito. Ya no tengo ganas de comer —dijo Alva con aquel acento de crispada irritación a que tan accesible era en los últimos tiempos.

Bill contempló pensativamente a su jefe durante un par de minutos.

—¿Sabe lo que le digo? —farfulló el ex boxeador de pronto—. ¡Ojalá fuera ya mañana y esa señorita Lawler se hubiese casado con el tal míster Smith! Al menos cuando ya el mal sea irreparable, se acostumbrará usted a la idea y todo volverá a la normalidad.

—¡Idiota, nada volverá a ser jamás normal si ella se casa con Smith! —rugió Alva fulminando a Bill con los ojos—. ¡Nunca me acostumbraré a la idea de verla casada con otro! ¿Te enteras? ¡Nunca! Y ahora lárgate. ¡Y llévate eso!

Alva propinó un tremendo puntapié a la mesita. Mesita, bandeja y teléfono saltaron en el aire y rodaron sobre la magnífica alfombra.

Bill tenía su orgullo. Nunca su jefe había sido tan desconsiderado con él. Bill no creía merecer este trato brutal y denigrante.

Con ojos empañados, para que Alva no viera sus lágrimas de hombre grande con corazón de niño, Bill dio media vuelta y salió del «living» con aire agraviado.

—¡Mouth, vuelve aquí! —gritó Alva.

Pero por primera vez desde que al salir del reformatorio Vicens tomó a «Mouth» como guardaespaldas, el viejo boxeador desoyó una orden suya y no volvió.

Alva comprendió que había ofendido injustamente a Bill, y esto

le irritó todavía más.

Apuró de un trago el *whisky* que quedaba en el vaso. Como la cantidad era muy pequeña, Alva tomó la botella que estaba sobre la mesita contigua al diván y llenó el vaso hasta la mitad. Con mucha frecuencia Alva se había burlado de aquellos extraños clientes suyos que en ocasiones llegaban a su club para emborracharse sin ningún motivo aparente. Sólo ahora creía Alva conocer la razón de tan absurda conducta, ya que también él necesitaba beber para matar su tiempo, para calmar aquella ansiedad e impaciencia y esperar... esperar.

Después de beber unos tragos más, Alva quedó contemplando torvamente el teléfono.

Lo levantó del suelo y enderezó la mesita. Luego rechinó los dientes y, haciéndose el ánimo, tomó el aparato y marcó el número de los Lawler.

Cuantas veces Alva había llamado durante las dos últimas semanas, era siempre el mayordomo de Lawler House quien contestaba al teléfono. Esta vez, sin embargo, no era la voz del mayordomo la que Alva oyó por el auricular.

—¿Hablo con Lawler House?

—¡Sí! —contestó ásperamente la voz—. ¿Quién llama?

—Soy Vicenes. ¿Podría hablar con míster Lawler?

—Puede. Está hablando con él, yo soy Lawler. ¿Qué quiere usted ahora? —inquirió con brusquedad el interlocutor.

Alva preguntó con rapidez, temeroso de que fuera a escapársele aquella oportunidad de hablar con Lawler:

—¿Se celebrará la boda de todas formas?

—¿Por qué pregunta eso? ¡Claro que la boda se celebrará! Y ahora le voy a dar un consejo, Vicenes. No vuelva a llamar a este teléfono jamás. ¡Nunca! ¿Lo oye usted?

—¡Lawler, si casa usted a su hija con ese... con ese...!

—¡Qué!

—¡Se arrepentirá! —rugió Alva. Y dejó caer el aparato sobre el soporte con estrépito.

No era aquello lo que Alva quería decir. Lo que había estado a punto de decir era otra cosa: «Lawler, si casa usted a su hija con ese hombre, la hará desdichada».

Pero no llegó a decirlo. ¿Por qué? ¿En qué podía fundar él su

seguridad de que Emma Lawler sería desdichada casándose con Winfield Smith? Después de todo, Emma no había reaccionado cómo reaccionaría una mujer enamorada, obligada por imposición paterna a casarse con un hombre al que no quería. ¿Sabía él siquiera si Emma iba forzada al matrimonio?

Sonó el zumbador de la puerta. Era muy extraño que alguien llamara al apartamento de Alva en el ático. Muy pocas personas sabían que tenía sus habitaciones particulares en el último piso del mismo edificio donde estaba el club.

Alva se puso en pie para ir a abrir. El zumbador sonó de nuevo y Alva gritó irritado:

—¡Ya voy, ya voy, condenación!

Abrió con brusquedad.

La persona que estaba ante su puerta era una mujer joven, una muchacha. Tenía un bonito rostro y le sonreía con los grandes y hermosos ojos castaños. Vestía un traje sastre de entretiempo, llevaba una boina y traía un estuche de plástico colgando del hombro por una correa imitada igualmente en plástico.

—¡Hola! —saludó la muchacha mostrando sus blancos e iguales dientes.

—¿Una vendedora? —refunfuñó Alva—. No deseo comprar nada. Además, éste es el apartamento de un hombre soltero.

—Ya lo sé. Me llamo Leila Fair. Soy periodista. ¿Cómo está usted, señor Vicenes?

Alva hizo una mueca, y para su interior rezongó una maldición.

—¿De modo que usted es Leila Fair? —murmuró con acento y expresión rencorosa.

—¿No me conocía usted?

—No, ni malditas las ganas. Sabía que era una periodista guapa, pero nunca la imaginé así. De todos modos, guapas o feas, las periodistas todas son iguales para mí. ¿Qué quiere usted?

—Nada, tener un rato de charla amistosa con usted.

—¡Váyase al diablo! —masculló Alva—. No crea que me va a engañar con su sonrisa de niña buena. Usted ha escrito cosas horribles contra mí. En cierta ocasión me llamó *gángster*.

—Y usted me envió un amable recado haciendo promesa de rociarme la cara con vitriolo si seguía metiéndome en sus asuntos.

—Nunca dije tal cosa.

—Pues así me lo dijeron. Y, naturalmente, yo me asusté.

—Usted quiere tomarme el pelo —refunfuñó Alva, mirándola torvamente—. No me parece una de esas mujeres que se asustan por nada.

—¿Puedo pasar?

—Estoy solo.

—Mejor.

—¿No le asusta venir a meterse en la guarida de un terrible *gángster*?

—He dejado una nota escrita en poder de una persona, diciendo que vine a verle a usted. El sobre se abrirá si mañana encuentran mi cadáver mutilado flotando en el río...

—Le advierto que no estoy para bromas, señorita Fair.

—Lo siento, discúlpeme —dijo la muchacha adoptando una actitud grave—. Comprendo su estado de ánimo, sobre todo teniendo en cuenta que mañana se casa su novia con otro hombre. Usted no rociará nunca el bello rostro de Emma Lawler con vitriolo. Y sin embargo, ella merece que le hagan una cosa así.

Alva se quedó mirando a la periodista. Luego de lo que acababa de decir, Alva sintió que empezaba a simpatizar con ella.

—Entre usted —dijo abriendo la puerta de par en par.

Cerró tras ella después que entró, y luego se le adelantó para ir a recoger la bandeja, el pollo y la fuente de salchichas de Francfort que habían rodado por la alfombra.

La joven le estuvo observando sin hacer ningún comentario. Luego, a una seña de Alva, fue a sentarse en uno de los sillones con el borde de la estrecha falda encima de sus bonitas rodillas. Alva aquilató de una ojeada la esbeltez de las pantorrillas de la periodista.

—¿Un *whisky*? —invitó.

—No, gracias.

Alva se sirvió generosamente y fue a echarse en el diván con el vaso en la mano.

—Supongo que habrá algo que le interesa saber. Pregunte usted.

—¿Cuál fue el motivo de su visita de esta tarde a Lawler House?

—¿Está enterada de esto?

—Un periodista que se precie de serlo no puede ignorar cierta clase de sucesos —repuso la muchacha, mientras abría su estuche

de plástico.

—¡Oiga! ¿Qué es eso? —exclamó alarmado Alva.

—Una grabadora. A usted no le importará que la utilice en sustitución del antiguo lápiz y cuaderno de taquigrafía.

—No me gustan esos chismes.

—No se preocupe, una conversación recogida en cinta magnetofónica carece de toda fuerza probatoria ante los tribunales. De todos modos, si le asusta que quede un testimonio hablado de cuanto pueda decir...

—No me asusta nada —rebatí Alva rechinando los dientes—. Pero tal vez le asuste a usted lo que voy a decir.

—¿Por qué dice eso?

—Porque usted no se atreverá a publicar en su periódico lo que yo hable ante la grabadora.

—¡Oh, bueno! ¿Quiere que hagamos la prueba? —dijo Leila Fair.

—Ponga el chisme en marcha. ¿Ya está? Bien, registre esto. Fui esta tarde a Lawler House, es verdad. ¿Le dijeron que me acompañaba una mujer? Esa mujer era una vieja amiga mía, artista de teatro. Tenía que representar un papel fingiendo ser una tal señorita Grace Talbot de Reshaw, Oregón. Hace algunos años, míster Winfield Smith tenía en la región de Oregón un negocio de maderas. El padre de Smith había sido talador de árboles. Más tarde puso un aserradero y prosperó. Winfield heredó el negocio y lo amplió instalando una fábrica de pasta de papel. Más tarde se asoció con una empresa papelería. Prosperó con rapidez, en diez años ganó un millón de dólares y llegó a instalar hasta tres grandes fábricas de pasta de papel. Luego vino la ruptura con sus socios. Smith recibió algo más de dos millones por su participación en el negocio y se trasladó a Minnesota. Vino a esta región, se asoció con Lawler para conseguir ventajosamente algunas concesiones forestales e instaló el mayor complejo industrial del estado, consistente en fábrica de pulpa de madera y fábrica de papel para rotativas. Recientemente, Lawler introdujo a Smith en el campo de la política. Lawler se presentará el próximo noviembre candidato al puesto de gobernador del estado. Pero Lawler se resiste a abandonar su cacicazgo sobre la ciudad de Saint Paul, que los Lawler han sostenido durante tres generaciones. Una fórmula ideal para Lawler fue la idea de casar a su hija con Winfield Smith y

presentar a éste como candidato a la alcaldía de la ciudad. De esta forma, si Smith es nombrado alcalde, Lawler seguirá teniendo los destinos de Saint Paul en sus manos, ya que el cargo no va a escapar de la familia...

—Todo eso que me cuenta es del dominio general de las gentes, Alva —apuntó la señorita Fair—. No es de Smith de quien quiero saber, sino de usted y de Emma Lawler. ¿A qué fue esta tarde a Lawler House?

—Espere —dijo Alva después de tomar otro trago—. Ahora voy a eso. Smith tuvo sus picos pardos mientras estuvo en Oregón. Una de sus secretarias, Grace Talbot, sostuvo relaciones con él. Ahora, Smith remite mensualmente un cheque por mil dólares a su antigua amiga para el sostenimiento de ésta y del hijo que tuvo.

Leila Fair cogió bruscamente la grabadora y la paró.

—¿Ve usted? —dijo Alva entre irónico y amargo con una sonrisa despreciativa—. Ya sabía yo que usted no querría publicar esa sucia historia.

—Usted mismo le ha dado la calificación justa, Alva. Yo no me ensucio contando esa clase de historias nauseabundas. Si Winfield Smith tiene una mancha en su pasado, allá se las arregle él con su conciencia. No era eso lo que yo vine a buscar.

—¿Qué quería entonces? Usted me preguntó cuál fue el motivo de mi visita a Lawler House esta tarde.

—¿Llevó usted allí a esa mujer?

—No. Pero llevé a mí buena amiga Susan y la presenté como si fuera *miss* Talbot. Smith mordió el anzuelo antes de haber visto a la falsa secretaria... ¡y desembuchó! —Alva se interrumpió para alargar la mano hacia la botella de *whisky*. Luego se echó a reír—. ¡No puede imaginarse usted la cara que puso Lawler! Ahora el viejo zorro tiene un buen problema que resolver con su conciencia...

—¿Y la suya, Alva? ¿Cómo se siente usted con su propia conciencia? —preguntó la periodista clavando sus hermosos ojos en el abotagado rostro de Viceses.

—¡Oh, mi conciencia está perfectamente! —Alva vertió *whisky* en su vaso hasta la mitad de éste—. ¿He obrado acaso peor que ellos... peor que Lawler, sacrificando a su hija para obtener una ventaja política? ¿Peor que Smith, aceptando sin escrúpulos a una mujer que va impulsada por la fuerza al matrimonio... queriendo a

otro?

—¿Por qué está tan seguro de que Emma Lawler le quiere a usted?

Alva miró furioso a la periodista sobre el borde del vaso que llevaba a sus labios.

—¿Qué dice usted? ¡Pues claro que es a mí a quien ella quiere!

—¿Cómo lo sabe? Bueno, quiero decir... —Leila Fair se interrumpió haciendo una mueca—. Esto es algo que no comprendo. Si yo fuera Emma Lawler y estuviera enamorada de usted, ni llevándome con cadenas ante un altar lograrían arrancarme el «sí» que me habría de atar a otro hombre.

—¿Cree usted que ella accede de buena gana a esa boda? Es su padre quien la obliga y... ¡maldita sea! Temo que haré una barbaridad si casan a la pobre Emma con esa Winfield Smith.

—A estas alturas no creo que le queden muchas esperanzas de que la boda sea suspendida. ¿Por qué no trata de ser consecuente y se resigna usted?



*Tenía los ojos espantosamente abiertos...*

—¿Resignarme? ¡Oh, no! —estalló Alva con ojos furiosos—. No puedo hacer una seña con la mano... castañear los dedos así, ¡clas!... y escamotear mi amor como si fuera un as de corazones. Yo no soy enamorado. Hasta que conocí a Emma ni siquiera creía en esas historias del amor. Nunca supe lo que era querer a nadie... Todo lo que recuerdo de mi madre es que siempre estaba de mal

humor y se emborrachaba con *whisky*. Cuando conseguía una botella me despachaba fuera de casa para empinar el codo a solas. Mi padre militaba en una pandilla de las que se disputaban el monopolio de las bebidas alcohólicas, librando batallas con ametralladoras «Thomson» en los suburbios de Chicago. Que yo recuerde, mi madre no derramó una sola lágrima por mí padre. La noche que vinieron a anunciarle que había muerto a manos de la policía, descorchó otra botella y bebió hasta quedar sin sentido. Después que mataron a mi padre, ella se vio con dificultades para seguir pagando el alquiler del inmundo cuchitril donde vivíamos. Un buen día desapareció sin que jamás volviera a saber de ella. Me las arreglé para vivir como pude, robando aquí y allá... hasta que la policía me echó el guante y me llevaron a un reformatorio.

Alva Vicones se interrumpió para tomar otro trago de *whisky*.

La periodista hacía rato que volvió a poner en marcha la grabación, pero Alva ni se fijó en ello. El alcohol exacerbaba los dolorosos recuerdos de su infancia y adolescencia.

—Ése fue todo el amor que conocí —prosiguió diciendo—. Golpes cuando era chico... más golpes de los guardas del reformatorio, y después palizas de la policía cuando hacía una redada por el barrio y atrapaba a los sospechosos de haber perpetrado algún asalto. Eso duró hasta que decidí cambiar de clima y venir a esta ciudad. Aquí conocí a Emma Lawler, y hasta que la vi por primera vez en mi club realmente no supe lo que era recibir ni dar amor. Ella era rica, hija de una respetable familia... Pudo haber escogido entre cien hombres jóvenes y ricos, y en cambio me escogió a mí. ¿Cómo voy a olvidar eso? ¿Y cómo puedo resignarme cuando su padre egoísta la obliga a casarse con un hombre al que no quiere y ha de hacerla desgraciada?

Alva apuró de un nuevo trago lo que quedaba de *whisky*. Luego se recostó en el diván y cerró los ojos.

—Nadie puede comprender lo que yo siento —murmuró con lengua estropajosa—. ¡Pobre Emma! Yo sé que la tienen incomunicada... vigilada noche y día para que no pueda escaparse ni siquiera hablar conmigo por teléfono... Ésos... cerdos malditos. ¡Ah, pero ellos no saben... no saben quién es Alva Vicones!

Alva había entrado de lleno en la divagación. Resultaba difícil entender lo que decía.

—Lawler, viejo zorro... si fuerzas a tu hija a casarse con ese ¡hip!... ese cerdo de Smith... ¡te mataré! ¡Y al cerdo de Smith también! Emma y yo huiremos... huiremos lejos... y nadie podrá encontrar jamás... jamás... jamás...

La mano que colgaba por un lado del diván se abrió soltando el vaso. El vaso cayó sobre la alfombra.

Leila Fair detuvo la grabadora, se inclinó para recoger el vaso y lo depositó sobre la mesa, mientras se ponía en pie. Cruzó la habitación hasta la puerta, entró y salió poco después llevando una manta que extendió sobre el dormido Vicenes.

La periodista permaneció como un minuto contemplando pensativa aquel rostro varonil y atractivo. Luego, dejando escapar un suspiro, dejó la grabadora, la metió en el estuche y abandonó el apartamento, cerrando la puerta tras de sí.

## CAPÍTULO III

Cuando Alva despertó eran las ocho de la mañana. Saltó de la cama descalzo, pero al intentar ponerse en pie sintió un fuerte dolor de cabeza y un mareo que le obligó a buscar el borde del lecho como asiento.

Llamó al timbre que solía utilizar para pedir el desayuno y se volvió a tender en la cama. Poco después oyó el rumor del ascensor particular que llevaba desde el club directamente a su apartamento. Bill Thorp, alias «Mouth», entró en la alcoba llevando una bandeja y el periódico bajo el brazo.

—Buenos días, jefe —dijo como si nada hubiese ocurrido entre ellos la tarde anterior.

Dejó la bandeja y el periódico sobre la mesita y fue a descorrer las cortinas. Al irrumpir el sol en la habitación, Alva cerró los ojos deslumbrados, dejando escapar un pequeño grito de dolor mientras se cogía la cabeza.

—¿Se encuentra mal, jefe?

—Tengo un terrible dolor de cabeza. ¿Qué ocurrió anoche? Debí beber demasiado.

—Sí, eso creo yo. Estaba como muerto cuando le llevé a la cama. Una buena ducha le irá bien para despejar la resaca.

Efectivamente, Alva se sintió mucho mejor tras la terrible impresión fría de la ducha. Su primer pensamiento fue para Emma Lawler. Hoy era el día de su boda. De nuevo sintió la inquietud de los últimos días y hoy todavía con mayor intensidad. Luego recordó a la periodista que estuvo a visitarle la tarde anterior. Tenía conciencia de haber hablado con ella, pero no recordaba el final de su conversación, ni el momento en que la muchacha se marchó.

Al volver al *living* frotándose la cabeza con la toalla encontró a

Bill de pie mirando el periódico. «Mouth» apenas sabía leer y jamás miraba un periódico como no fuera para ver el resultado de las carreras de caballos.

—¿Qué estás mirando ahí con tanto interés?

—El periódico que hoy trae su retrato, jefe. Aquí habla de usted.

De una manotada le arrebató Alva el periódico. Sus ojos se fijaron en la fotografía y luego saltaron a los titulares que encabezaban la página:

«EL GÁNGSTER Y LA DAMA... LA ROMANTICA  
HISTORIA DE AMOR DEL VERDADERO ALVA  
VICENES... Reportaje exclusivo de Leila Fair».

Alva dejó escapar una ronca exclamación de sorpresa. Sus ojos recorrieron estupefactos las líneas de letra impresa.

Difícilmente podía adivinarse la intención que había guiado a la periodista al escribir aquel reportaje. Aquélla era sin duda la historia de Alva Vicens, su desgraciada niñez, su desdichada juventud y sus sentimientos desde que conoció a Emma Lawler... Pero el nombre de Emma no aparecía por ninguna parte, aludiéndose a la «DAMA» siempre que se refería a ella.

Alva sintióse enrojecer de vergüenza después de leer aquel estúpido trabajo. Con toda intención, sin duda alguna, la periodista describía en términos patéticos la aflicción... el desesperado amor de un hombre «zarandeado por la fortuna»... que no encontraba consuelo en ninguna parte y se hallaba «al borde de una crisis nerviosa».

Cualquiera que leyese aquello se imaginaría al «duro» de Alva Vicens cubriéndose la cabeza de cenizas, rasgando sus vestiduras y sollozando como un niño víctima de un ataque de histeria.

Las dos ciudades gemelas de St. Paul y Minneapolis debían estar riendo a carcajadas de él...

Alva estrujó el periódico entre sus manos, hizo con él una bola y lo rebotó furiosamente contra el suelo.

—¡Me va a oír esa maldita estúpida! —rugió.

—¿Es tan malo lo que dice de usted periódico? —preguntó Bill «Mouth».

—¿Malo? ¡Esa imbécil me ridiculiza presentándose como un pobre hombre lloriqueante por no poder alcanzar su posible amor! ¿Tengo yo aspecto de romántico desmelenado desesperado por no conseguir algo tan inalcanzable como la Luna? ¡Maldita sea, ni Emma Lawler está tan alta, ni yo me he arrastrado tan bajo todavía!

Bill asintió con enérgicos movimientos de su cabeza gris.

—Ahí está el quid de la cuestión. No merece la pena que usted se desespere por ella. Hay muchas mujeres guapas en el mundo, pero sólo un Alva Vicens. ¿Irás a la boda?

—¿Cuál boda?

—La de la señorita Lawler. —Bill señaló con la cabeza la bandeja que había depositado sobre el bajo velador—. Ahí tiene la invitación.

Alva miró sorprendido a su guardaespaldas. Luego se dirigió a la bandeja, viendo que, en efecto, había un gran sobre de cantos dorados bajo la servilleta. Tomó el sobre y sacó el tarjetón. Era una invitación en toda regla para la ceremonia que aquella mañana iba a celebrarse en Lawler House.

—¿Quién trajo el tarjetón?

—Llegó con el correo de la mañana.

Alva tomó el sobre, viendo que, en efecto, llevaba un matasellos de la vecina ciudad de St. Paul. La dirección estaba escrita a máquina.

—Prepárame mi traje negro, Bill. Si alguien me ha enviado esta invitación a título de desafío, voy a demostrarle que soy capaz de encontrarme allí viendo cómo se casa la señorita Lawler sin ponerme a llorar como un crío.

Una hora más tarde, a las nueve y doce minutos, Alva Vicens salía a la calle y tomaba su automóvil, que acababan de devolverle recién lavado del garaje. La mañana era espléndida, lucía el sol y todo hacía prever que sería un día tan caluroso como el anterior.

Mientras conducía su auto en dirección a Saint Paul, Alva miró a su alrededor y observó que la gente se comportaba igual que todos los demás días. El cielo era brillante, y en las copas de los árboles, lavados por la lluvia de la tarde anterior, piaban los pájaros manifestando su optimismo frente a la vida.

Nada, pues, había cambiado, ni se hundiría el firmamento ni se paralizaría la actividad en el planeta sólo porque Emma Lawler

celebraba su boda aquella mañana. El mismo seguiría viviendo después de este día, el siguiente y otros muchos días más. Probablemente, años después, él mismo se burlaría de aquel contrariado amor por Emma Lawler.

«Pero nadie me priva a mí del gusto de calentarle las orejas a esa estúpida de periodista», se dijo Alva en voz alta.

La ceremonia estaba anunciada para las diez. Alva no deseaba llegar demasiado pronto ni exponerse demasiado tiempo a las miradas burlonas de la gente que estaría allí y habría leído el periódico.

Podía pasar por la redacción del periódico y ver si se encontraba allí Leila Fair.

En la redacción del periódico imperaba el silencio. Una mujer empujaba con la escoba un montón de papeles arrugados. Sólo había allí un empleado encargado de tomar los anuncios por palabras.

—Nadie del cuerpo de redacción suele venir por aquí antes de las once de la mañana —aseguró el empleado a la pregunta de Vicenes—. La señorita Fair no es una excepción, aunque tal vez se encuentre ya trabajando para el periódico en otra parte. Creo que tenía que asistir a la boda de la hija del alcalde para redactar la nota correspondiente. De todos modos, si quiere llamar por teléfono.

—No es necesario. Si *miss* Fair tiene que asistir a la boda de la señorita Lawler, ya nos veremos allí.

Eran las nueve y treinta minutos. Alva entró en una cafetería, tomó un café y fumó un cigarrillo perdiendo otros quince minutos. Pagó y salió, tomó el volante del coche y siguió un trecho hasta que se detuvo de nuevo en una estación de gasolina.

Faltaban cinco minutos para las diez cuando Alva detuvo su lujoso descapotable a la entrada de la verja de Lawler House.

El sargento Richey, con dos policías uniformados, fiscalizaba las tarjetas de invitación. Al ver llegar a Alva agitó las manos y la cabeza, negando con energía:

—No, Vicenes, ni hablar. Usted no entra. No está invitado, ni hace maldita falta en este lugar tal día como hoy. Si viene a armar camorra...

—Soy un invitado —le atajó Alva secamente, poniéndole el

tarjetón bajo las narices.

—¿De dónde demonios robó esa invitación? —Gruñó el sargento.

—No la robé. Me la enviaron por correo.

—¿Quién?

—¿Y qué sé yo? La familia, supongo. En realidad, ¿hay algo de malo en que yo asista a la boda de mi novia?

—¡Hum! —Gruñó Richey rascándose el cogote por debajo del sombrero—. Esto no está demasiado claro. Aguarde aquí, voy a hablar con el capitán Hyatt.

Richey se dirigió al pabellón del guarda para utilizar el telégrafo. Mientras tanto llegaron dos coches más que quedaron detenidos detrás del descapotable, haciendo sonar insistentemente sus bocinas eléctricas.

Los agentes se pusieron nerviosos. Richey salió del pabellón y gritó a Alva:

—¡Adelante, siga adelante!

Alva hizo arrancar su auto, rodando lentamente por la alameda mientras buscaba a derecha e izquierda un lugar libre donde estacionar.

Los autos de los invitados lo llenaban todo. Formaban dos hileras en batería a cada lado de la amplia alameda y se habían internado en el parque ocupando cualquier espacio libre bajo los árboles. Alva se vio obligado a seguir adelante por entre las dos filas de coches, hasta que al desembocar en la anchurosa explanada ante la casa se vio detenido por dos agentes de tráfico con casco blanco y manoplas que le hacían señas.

Junto a los agentes, Alva reconoció al capitán Hyatt. Éste vestía un severo traje negro y llevaba sombrero igualmente negro. Era un hombre alto, huesudo y fuerte. De sus impiedosos ojos azules emanaba una luz fría que parecía tener la propiedad de traspasar a la persona o la cosa que recibía su mirada.

—¿Puedo aparcar aquí? —preguntó Alva.

En este momento sonaban los primeros acordes de la marcha nupcial. Hyatt dijo fríamente:

—Puede hacerlo, ya que usted será el primero en marcharse tan pronto termine la ceremonia.

Alva saltó del coche.

—Separe los pies y ponga las manos sobre la capota con los brazos extendidos —le ordenó Hyatt.

—¡Oiga, usted no tiene derecho a hacer esto conmigo! —gritó Alva indignado, considerando lo que Hyatt le ordenaba como una humillación.

—Haga lo que le digo, Alva. Tengo que registrarle.

—No llevo arma. ¿Qué se figura que he venido a asesinar a alguien?

—No será por falta de ganas si no lo hace. ¿Le registro o se marcha por dónde vino?

Alva se sometió al humillante registro. Los otros dos coches se habían detenido detrás y sus ocupantes presenciaban la maniobra con extrañeza.

—Venga, le acompañaré —dijo Hyatt después de realizado el infructuoso registro—. Con una advertencia, si se pone a meter barullo van a tener que sacarle en una ambulancia. ¿Entendido, Alva?

Esta vez Alva no protestó. Como oficial de policía Hyatt era responsable del buen orden que debería reinar en aquella reunión de gentes elegantes.

La marcha nupcial seguía sonando cuando los dos hombres doblaron la esquina del edificio. Ante los ojos de Alva se desplegó el magnífico golpe de vista que ofrecían los grandes toldos cobijando en su sombra a varios cientos de invitados ordenadamente sentados en largas filas. Por dondequiera se mirase se veían llamativos sombreros de señora, escotes empolvados y refulgentes joyas... caballeros vistiendo el severo chaqué... cuellos de plástico oprimiendo cuellos sudorosos... chisteras... calvas...

La novia pasaba por el pasillo central apoyada en el brazo de míster Lawler, pero quedaba demasiado lejos al otro lado del gran espacio entoldado repleto de mesas y de sillas, para que Alva pudiese verla bien.

Excepto algunos pocos caballeros que permanecían en pie fuera de la sombra de los toldos, la inmensa mayoría de los invitados daban muestra de su buena educación, permaneciendo en silencio en sus sillas.

Hyatt llevó a Alva Vicenes por el borde de los grandes toldos hacia adelante, hasta que se encontraron casi a la altura del altar.

Este altar se había levantado sobre una tarima alfombrada en el espacio libre entre cuatro gigantescos magnolios simétricamente dispuestos en los imaginarios ángulos de un cuadrilátero perfecto. Guirnaldas de flores se habían tendido colgando de árbol a árbol y también cruzándose sobre las cabezas de los novios que acababan de reunirse ante el altar.

Bajo la primera magnolia a la izquierda y delante del altar, estaba la orquesta sobre una tarima. Las cámaras de televisión y de los noticieros cinematográficos se veían estratégicamente distribuidos para no perder detalle de la ceremonia.

Los periodistas se movían inquietamente por los lados del altar, disparando sus cámaras contra los novios y los padrinos.

Alva se encontraba con el capitán Hyatt junto a la tarima de la orquesta, que justo en este momento dejaba de tocar. Se hizo un silencio, en el que sonaron algunas toses sofocadas y se oyó el zumbido de las abejas que revoloteaban como atraídas por el perfume de las muchas flores...

Una esbelta joven se encaramó de pronto a la silla que le cedía un músico para, desde la tarima de la orquesta, disparar su cámara fotográfica en dirección al altar. Alva reconoció aquel rostro agraciado bajo la amplia y etérea ala color morado de un gran sombrero.

La periodista se bajó de la silla y abandonó la tarima retirándose hacia el pie del árbol. Alva sintió el impulso de echar a andar hacia la muchacha.

Hyatt le retuvo por un brazo.

—¡Eh, alto! ¿Adónde va usted? —refunfuñó Hyatt en voz baja.

—¿Podemos llegar hasta aquel árbol? Hay allí una persona con la que deseo hablar dos palabras.

Hyatt levantó los hombros. Se iniciaba la ceremonia y la orquesta se ponía a interpretar una pieza de música sacra. Hyatt y Alva llegaron hasta el pie del árbol donde se encontraba la señorita Fair junto con un grupo de unas veinte personas, casi todos hombres.

Leila Fair volvió la cabeza, encontrándose ante Vienes que la contemplaba torvamente.

—¡Oh, usted! —exclamó—. No esperaba verle aquí.

—Me dijeron que la encontraría en este lugar... He leído su

trabajo en el periódico. ¿Quién demonios se figura que soy yo?

Alva había levantado la voz sin darse cuenta. Hyatt le tiró de la manga.

—Recuerde, Alva. El más pequeño escándalo y se la carga.

Alva dijo a la periodista:

—Ya hablaremos después.

Leila Fair se clavó los dientes en el labio inferior. Luego le volvió bruscamente la espalda. La gran pámela se interpuso en el campo visual de Alva y éste se apartó a un lado para mirar hacia el altar.

La pequeña cruz de plata del altar destacaba contra el fondo azul del lago. Más lejos se elevaban las montañas, también azules, y sobre éstas los grandes y algodonosos cúmulos que acaso más tarde se resolviesen en alguna aparatosa tormenta.

Pensó Alva que todo era magnífico, bello e impresionante. «Una hermosa boda, exactamente como a Emma le habría gustado».

Se preguntó si Emma sería feliz. ¿Pensaba en él?

Emma tenía un carácter tan caprichoso como voluntarioso. Nadie en el mundo sería capaz de arrastrarla hasta aquel altar sin contar con su previo consentimiento. Entonces, ¿estaba allí porque quería?

Repentinamente Alva se sintió ridículo. ¿Quién dijo que Emma iba forzada al matrimonio con Smith? Winfield Smith era rico y culto, pertenecía a su misma clase. Alva sintió una oleada de sangre en el rostro.

«Se ha burlado de mí. No estamos en los tiempos medievales, cuando el señor feudal encerraba a su hija en un torreón del castillo impidiéndole comunicarse con su enamorado galán. Si hubiese querido habría escrito... o me habría telefoneado, o incluso encontrado una ocasión para verse conmigo».

Sí, ella era completamente feliz. Sólo él era un idiota...

Resonó de pronto un grito. ¿Qué ocurría? Alva vio a la novia tambaleándose un instante... cayendo hacia atrás, rodando sobre los escalones del estrado antes de que Smith ni Lawler pudieran sostenerla.

Dejó de tocar la orquesta. Trescientas personas quizá se pusieron en pie al mismo tiempo, haciendo crujir trescientas sillas. Smith corría a inclinarse sobre la novia. Acudía el padre... el sacerdote...

Varias voces se oyeron entre el murmullo que iba *en crescendo*:

«¿Qué ocurre?». «¡Se ha desmayado!».

—¡Que nadie se mueva! —gritó el capitán Hyatt abriéndose paso a empujones entre los que estaban en pie ante él.

Alva quedó unos segundos sin saber qué hacer. Vio a Carl Lawler corriendo hacia su hermana... al juez Mac Fadden... al senador Strahorn... al teniente de alcalde Mills...

Todos corrían hacia el pie del altar.

Alva Vienes empujó a los que estaban ante él para abrirse también paso hacia el grupo. A pesar de la orden del capitán Hyatt, una ola humana estaba moviéndose con fuerza incontenible desde las primeras filas de sillas y los lados del altar, envolviendo al estrado.

—¡Hija... hija! —sollozó una voz desesperada.

Sobre las cabezas de los hombres disparaban los periodistas sus cámaras fotográficas. Alva llegó junto al capitán Hyatt. Los pies de la novia estaban sobre el último escalón del estrado, y en el borde de su vestido blanco había extraños lunares rojos. Míster Lawler sollozaba y bramaba a la vez, sosteniendo la cabeza de Emma.

Emma tenía los hermosos ojos espantosamente abiertos. Su rostro era blanco... blanco como el ramo de azucenas que yacía a su lado, blanco como la palidez de la muerte. Y en violento contraste con el blanco de su traje, su escote aparecía rojo purpúreo...

De todos lados empujaban, apretujaban... Se oían voces roncadas de sorpresa: «¡Está muerta!».

Alva Vienes vio, en efecto, la afilada punta de una flecha de acero de las que se utilizaban en el tiro de ballesta sobresaliendo de la ensangrentada garganta de la novia.

## CAPÍTULO IV

Al abrirse la puerta y entrar el capitán Hyatt, Alva Vicones saltó impulsivamente de la silla y dio un paso en dirección al policía mostrándole sus muñecas esposadas.

—¡No hay derecho a esto, capitán! —protestó Alva—. ¿Por qué me detiene? ¿Por qué me ponen las esposas? ¿Qué he hecho yo?...

Alva se interrumpió al advertir la expresión sombría del rostro del capitán. Éste le contempló un segundo con sus frías e impiedosas pupilas. Luego, de pronto, disparó su puño contra la boca de Vicones, aplastándole los labios y tirándole hacia atrás contra la silla.

El joven tropezó en la silla y rodó por el suelo.

Hyatt avanzó hacia Alva, le echó la mano al cuello de la chaqueta y lo puso en pie de un tirón. La sangre manaba de un corte que el joven tenía en los labios, pero esto no movió a compasión a Hyatt.

—Quieres saber por qué estás arrestado, ¿no es eso? Muy bien, yo también siento curiosidad por saber unas cuantas cosas que tú me vas a decir.

Un nuevo puñetazo de Hyatt alcanzó a Vicones en el oído y le tiró contra la pared.

Alva sintió simultáneamente el zumbido de su oído y el dolor en la frente al pegar contra el muro. Cayó de nuevo al suelo y permaneció allí aturdido, sin comprender aún lo que ocurría, excepto que se estaba cometiendo con él una injusticia que le hacía ahogar de rabia.

—¡Habla, maldita rata... di cómo te las arreglaste para colocar ese artefacto infernal en el árbol! —rugió Hyatt.

En este momento se abrió de nuevo la puerta. La habitación era

una sala más bien pequeña destinada, al parecer, a lugar de reunión de la Servidumbre de la casa.

El fiscal Pickens entró y se detuvo a mirar a Vicenes, que estaba en el suelo con la espalda contra la pared y las manos esposadas delante.

Se hizo el silencio con la llegada del fiscal. La habitación tenía una ventana a la pinada en el ala sur de la mansión. Afuera se oía el rumor de la multitud al dirigirse entre los árboles hacia la parte anterior de la casa, como asimismo el zumbido de los motores y las bocinas de los primeros automóviles que iniciaban la desbandada general de los centenares de invitados.

—¿Encontraron la ballesta? —preguntó Pickens.

Hyatt asintió moviendo la cabeza.

—Sí, amarrada con alambre a una rama del árbol, apuntando hacia el altar a través de una abertura entre las hojas.

—¿Cuál fue el árbol?

—El mismo bajo el cual este tipo estuvo durante los diez minutos anteriores al disparo de la ballesta —repuso Hyatt señalando al estupefacto Vicenes.

—¿Cómo pudo disparar las ballestas? ¿Tirando de un hilo, tal vez? —inquirió el fiscal mirando severamente a Vicenes.

—Claro, eso es seguro. No pudo subirse al árbol. Yo estaba a su lado.

—¿Pudo ver cómo accionaba el hilo?

—No, no vi nada. En ese momento yo estaba distraído... no le miraba a él.

El recuerdo de lo ocurrido pareció ensombrecer el rostro del fiscal.

—Lleven al detenido a mí oficina —dijo—. Me reuniré con ustedes dentro de unos minutos.

—Oiga, fiscal...

Pickens se volvió hacia Alva. Éste tragó saliva y continuó:

—Soy inocente. Colijo, por lo que oigo, que alguien puso una ballesta cargada en la rama de aquel árbol apuntando hacia el altar... ¡Pero yo no fui! ¡Se lo aseguro!

—Ya hablaremos de eso, Vicenes —repuso secamente el fiscal.

Después de salir el fiscal, Hyatt dijo a uno de los policías:

—Vaya por un coche y tráigalo a la parte de atrás de la casa.

Hyatt sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos, encendió uno y miró a Alva a través de una nube de humo azul:

—Serás ahorcado por esto, Alva. Si hay algo capaz de mejorar tu situación, y lo dudo, es que por lo menos te confieses culpable.

—¿Quieres que me confiese autor de algo que no he cometido?

—Está bien, muchacho. Sigue por ahí y no tardarás en verte con una soga al cuello y los pies sobre la trampilla del patíbulo. Tú la mataste, aunque tal vez tu propósito no fue asesinarla a ella.

—¿Qué quiere decir?

—Que a lo mejor la flecha iba contra Smith, pero pudo fallarte la puntería.

Alva apretó los labios. Conocía estos trucos de la policía para obligarle a uno a hablar e incurrir en contradicciones.

Indudablemente, su situación era apurada. Había otras muchas personas al pie del árbol, de donde al parecer salió la flecha fatal; pero entre todos él era el principal sospechoso. Había sido novio de Emma... había tratado de impedir aquella boda... había proferido amenazas de venganza. Sin duda, necesitaba un buen abogado.

Regresó el policía que había salido en busca del automóvil.

Hyatt le indicó con una seña que saliera. Alva dijo:

—Permítanme utilizar el teléfono para llamar a mí abogado.

—Adelante, Alva. El coche está esperando —gruñó Hyatt.

—Quiero llamar a mí abogado. Me asiste ese derecho —insistió Alva mientras los policías iban a asirle por los brazos.

—Luego, Alva. Tendrás tiempo después.

Le empujaron fuera de la habitación.

La escena había cambiado en el exterior. Una ligera neblina empañaba el brillo del sol. Las mesas habían perdido su alineación... algunos manteles habían caído y yacían pisoteados juntos con los ramilletes de flores. Las sillas estaban tiradas por el suelo... los músicos guardaban sin prisa sus instrumentos en los estuches...

Quedaban todavía bastantes invitados formando corrillos bajo los árboles. Al aparecer Alva escoltado por los policías se produjo cierto movimiento de curiosidad entre el público. Alva todavía alcanzó a oír al paso algunos comentarios:

«Miren, es Alva Vicenes, el *gángster*... La última aventura de Emma. ¡Pobrecilla!».

«Sí, ése es el asesino según dicen... Alva, el del Kingdom Club de Minneapolis...».

El alivio que Alva experimentó al cerrarse tras él la portezuela del coche, pronto se tradujo en ansiedad al considerar que marchaba camino de la tortura física y moral. El auto rodó lentamente formando en el apretado cordón de automóviles que abandonaba Lawler House.

Al salir por el camino a la carretera general, el auto policial hizo sonar su sirena abriéndose paso en dirección a Saint Paul.

Instalado en la oficina del fiscal, Alva Vicenes obtuvo permiso para fumar. El capitán Hyatt hablaba por teléfono. Cuando Hyatt terminó de hablar, Alva le recordó su promesa:

—Usted dijo, que me permitiría llamar a un abogado.

—Después.

—¿Cuándo?

Bruscamente Hyatt se volvió propinando a Alva un revés en la cara que le derribó de espaldas con silla y todo en el suelo.

—Quítenle la ropa y registren cada bolsillo y cada costura, y también los zapatos —ordenó Hyatt a los detectives que habían ido a reunirse con él a la oficina del fiscal.

Poco después Alva se encontraba desnudo en una oscura y húmeda habitación. Pasado un rato le devolvieron las ropas con las costuras de los forros descosidas. Cuando estuvo vestido de nuevo le condujeron a la oficina del fiscal.

Nathan Pickens ya se encontraba allí. Sobre su mesa estaban todos los objetos encontrados en los bolsillos de Alva Vicenes. También estaban presentes el capitán Hyatt, varios detectives y un par de hombres de la oficina del fiscal. Pickens dijo, contemplando gravemente a Alva, que había quedado de pie ante su mesa:

—Si es usted autor del asesinato de Emma Lawler, mi consejo es que se declare culpable.

—Soy inocente. Y exijo que se me permita llamar a mí abogado para que se encuentre presente en este interrogatorio.

—El pollo conoce muy bien cuáles son sus derechos —observó el capitán Hyatt con soma—. Sin duda tiene experiencia en esta clase de asuntos.

—Atienda lo que le digo, Alva —continuó Pickens pasando por alto la ácida observación del capitán—. Hay una posibilidad de que

salve usted el cuello si se declara culpable y cuenta con una defensa adecuada. Su abogado alegará que obró usted bajo la impresión de un amargo desengaño amoroso. Los crímenes pasionales, por lo general, logran despertar la compasión de los jurados. Usted nunca ha cometido un homicidio. No es reincidente en esta clase de delito.

—Al menos si cometió otros asesinatos anteriormente no se le pudieron probar —observó Hyatt.

—Cállese usted, capitán —dijo Pickens secamente lanzando una mirada helada sobre el policía. Agregó dirigiéndose a Alva—: Piénselo usted, Vienes. No le queda otra escapatoria posible. Como fiscal, yo le prometo atenuar los cargos sí...

—Soy inocente —repitió Alva—. ¿Cómo quiere que me declare culpable de un delito que no he cometido?

Pickens hizo un ademán de cansancio.

—Lo siento por usted, Vienes. Tendré que ponerle en manos de la policía para que ellos vean lo que pueden averiguar. Creo que necesitará un buen abogado. ¿Conoce alguno? Bien, puede utilizar el teléfono ahora.

—¿Por qué tan pronto? —protestó Hyatt—. Denos tiempo a que podamos interrogarle primero.

—Nadie les impide interrogarle después —fue la seca respuesta del fiscal.

Alva telefoneó a Tom Curran. Ignoraba cuáles serían las aptitudes de Curran para defender una causa criminal, pero el único abogado que conocía bastante bien, y Tom se había mostrado un lince en otros aspectos de su profesión.

Apenas supo de qué se trataba, Curran advirtió:

—¡No digas nada! No contestes a ninguna pregunta ni firmes ningún papel antes de hablar conmigo. ¿Lo has entendido? ¿Dónde estás?

—En la oficina del fiscal, pero creo que van a llevarme a la estación de policía.

—Nos encontraremos allí dentro de cinco minutos.

Alva devolvió el teléfono a Pickens, el cual preguntó:

—¿Accede Curran a encargarse de su caso?

—Sí.

—Tiene usted suerte, Curran es un abogado sagaz. Desgraciadamente para él, no puede decirse lo mismo respecto al

cliente que le ha tocado. Tendría que ocurrir un milagro para salvarle a usted.

—¿Es posible que en este país ahorquen a un hombre inocente por un crimen que no ha cometido? —preguntó Alva.

Pickens esbozó una fría sonrisa.

—Ha ocurrido otras veces, señor Vienes —fue su respuesta.

## CAPÍTULO V

Curran, un hombre de unos cuarenta años, de bigotillo oscuro y avanzada calvicie, estaba metiendo su bloc de apuntes en la cartera de cuero. Hasta este momento se había mostrado muy reservado, escuchando la declaración de Alva con evidente disgusto e incredulidad.

Alva levantó los ojos hasta el reloj de pared de la sala.

Eran las cuatro de la tarde. Alva se estremeció. Aunque jamás lo confesaría, hubiera deseado que su entrevista con Curran se prolongara indefinidamente. Le temía al momento en que el abogado se marcharía y él tendría que enfrentarse a solas con los implacables detectives.

—Te diré la verdad, Alva —dijo Curran encendiendo el último cigarrillo antes de marcharse—. Veo muy feo el asunto.

—Tom, si crees que el caso es demasiado complicado para ti, búscame al mejor abogado criminalista. No soy un pobretón, os pagaré con esplendidez a los dos.

—No se trata de eso, Alva —repuso Curran sacudiendo pesimistamente la cabeza—. Aun en el caso de que te declararas culpable, no obtendrías ninguna ventaja. Un homicidio pasional, cometido en un arrebato de ira y de celos, se puede defender hasta cierto punto. En este caso, concretamente, tuviste mucho tiempo para preparar el crimen y para meditar en sus consecuencias durante todas las horas que aquella ballesta estuvo montada esperando el momento fatal en que se dispararía contra la víctima. Es muy dudoso que pueda admitirse como crimen pasional.

—¡Pero si yo no maté a Emma Lawler, Tom! ¡Te lo juro! —exclamó Alva desesperado—. ¿Es que tampoco tú vas a creerme?

—Supongamos que te creo —dijo Curran evasivamente—.

Tenemos la personalidad de la víctima; Emma Lawler, hija de Arthur Lawler... potentado, alcalde de la ciudad en cuya demarcación se cometió el crimen, candidato a gobernador, amigo de senadores, magistrados... Una figura política con influencias y recursos para hacerte condenar si pone empeño en ello... y lo pondrá. ¡Tu caso es indefendible, Alva!

Vicenes guardó sombrío silencio viendo cómo su amigo se ponía en pie tomando la cartera.

—¿Es ésa la esperanza que puedes darme, Tom? —preguntó.

—Lo siento, Alva. De todos modos tomaré tu defensa.

—¡No es eso lo que yo quiero, Tom! —rugió Alva descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Necesito que creas en mí!

—Preséntame a otro que tuviera un solo motivo para asesinar a Emma Lawler, y te creeré.

—¡Tú tienes que encontrar a esa otra persona, Curran! ¡Tiene que existir, puesto que yo no maté a Emma Lawler! ¿Comprendes por qué debes confiar en mí? —exclamó Alva golpeando con sus puños sobre el tablero de la mesa.

La energía de Vicenes pareció confundir al abogado, si no logró convencerle del todo.

—Está bien, Alva. Veremos lo que se puede hacer.

Alva quedó solo fumando el cigarrillo después que Curran se marchó. Esperaba a los verdugos, y éstos no tardaron en presentarse.

El capitán Hyatt entró seguido del sargento Richey y los detectives Abrams y Crowell.

Hyatt puso en la mesa, delante de Vicenes, una hoja de papel escrita a máquina y una pluma estilográfica. Empujó por el hombro a Alva y dijo:

—Anda, muchacho. Firma esta confesión y te ahorrarás muy malos ratos.

Alva se puso en pie retrocediendo, negando con la cabeza.

—Puedes leerlo. No hay nada contra ti. Solamente que te declares autor del asesinato de la señorita Emma Lawler —dijo capciosamente el sargento Richey.

—No. Jamás firmaré ese papel.

—Jamás es mucho tiempo, Alva —observó Hyatt sombrío—. Yo creo que antes de medianoche ya habrás firmado tu confesión.

Hizo una seña a Richey. Éste se volvió sin avisar, descargando su puño contra el estómago de Vicens. El joven se inclinó involuntariamente. Richey le golpeó con el canto de la mano entre la nuca y los hombros.

Profiriendo un aullido de dolor, Alva fue a darse de cabeza contra la mesa y cayó de bruces al suelo, arrastrando la silla donde había estado sentado. Éste fue solamente el comienzo del tormento. Después de esto le levantaron, le sentaron en la silla y le pegaron de bofetones y puñetazos, derribándole otra media docena de veces al suelo.

Alva cerró los ojos, apretó los labios y se esforzó por pensar en otras cosas que los golpes que recibía, pero no era fácil hacerlo, y además no tenía muchas cosas agradables en que pensar. Se dijo que todo aquello terminaría, que era sólo cuestión de paciencia y resignación. La Humanidad no podía ser tan injusta. Dios no permitiría que ahorcasen a un inocente.

Adoptó la táctica de hacerse el muerto cuando le golpeaban. Se caía y no se levantaba, ni abría los ojos ni hacía movimiento alguno.

Le dejaron descansar tendiéndole en el duro diván forrado de plástico que imitaba cuero. Pero no le dejaron tranquilo mucho rato. Le arrojaron un cubo de agua fría por encima y tuvo que abrir los ojos dando un respingo a causa de la impresión.

—Vamos a empezar de nuevo, Alva —dijo el capitán Hyatt—. Aquí tienes una hoja escrita confesándote autor de la muerte de Emma Lawler. Firma, y no te pegaremos más.

—Jamás firmaré una cosa así. Ni aun matándome —repuso Alva.

Alva dijo que había regresado a casa desde Lawler House por la tarde, que no quiso comer y se puso a beber. Que llegó una periodista y le hizo una interviú... que se durmió y no despertó hasta el día siguiente, o sea aquella misma mañana.

A pesar de haber dicho todo, los detectives insistieron en sus preguntas, volviendo otra vez sobre el mismo tema con el evidente propósito de hacerle incurrir en alguna contradicción. Se interesaron por saber cómo recibió la invitación para la boda y por qué fue a parar bajo el árbol donde estaba oculta la ballesta.

Esto una y otra vez, incansablemente, durante Varias horas.

Finalmente le arrojaron la chaqueta que se había quitado a la

cara y le dijeron:

—Ponte la americana.

Alva se la puso. El sargento Richey le colocó de nuevo las esposas. Alva miró al capitán Hyatt, que entraba por la puerta.

—¿A dónde me llevan?

—Te trasladamos a la prisión. Mañana te traeremos de nuevo para interrogarte.

Alva alentó la esperanza de que al menos el tormento hubiera cesado por aquel día. Estaba rendido, dolorido todo el cuerpo y tenía sueño... mucho sueño.

Dormir, esto era todo lo que anhelaba por el momento.

Le colocaron las esposas y le empujaron fuera de la habitación.

Al llegar a la calle le reanimó el fresco de la noche. Hyatt le tomó por el brazo y le empujó dentro del automóvil. Los detectives ocuparon el asiento delantero, y uno de ellos empuñó el volante.

El interior del coche estaba agradablemente caldeado y a efectos del movimiento de la marcha y el mullido asiento, Alva sintió que iba quedándose dormido. Tuvo la sensación de haber cerrado apenas los ojos cuando el capitán Hyatt le despertó sacudiéndole por el hombro.

—¡Eh! ¿Ya hemos llegado? —exclamó Alva sobresaltándose.

El auto se había detenido y el interior de la cabina permanecía en la oscuridad. Alva miró al exterior a través del cristal. Estaban parados al borde de una carretera. Vio un poste de teléfonos cerca y la masa de unos árboles un poco más lejos. Al fondo brillaban las luces de una ciudad, probablemente Minneapolis.

Unas llaves tintinearón. Alva se volvió sorprendido hacia el capitán Hyatt.

—¿Por qué nos hemos parado?

—Traiga aquí las muñecas, Alva.

Hyatt asió las esposas por la cadena. Inesperadamente, Alva sintió que se abrían las pulseras de acero. Esto era algo tan extraño que casi le asustó.

—Ahora, Alva, salte del coche y eche a correr —dijo el capitán con brusquedad no exenta de cierta cortesía.

—¿Qué significa esto? —preguntó Alva sin poder creer en tanta suerte—. ¿Me dejan ir?

—Ya lo está oyendo.

—Pero, ¿por qué?

—Después del interrogatorio de esta noche y, a la vista de ciertos datos aportados por los detectives, tengo el íntimo convencimiento de que es usted inocente. El fiscal también es de la misma opinión.

—Bueno, entonces...

—Espere, Alva. Esto no es todo. Olvide usted a Lawler. El sí está seguro de que usted es el asesino de su hija. El viejo está loco de desesperación y de rabia... La víctima era su hija, hay que comprender eso. Lawler tiene suficiente influencia para presionar sobre el fiscal, el juez e incluso los jurados. Si se somete usted a juicio le condenarán sin remedio.

—Pero esas pruebas en mi descargo... —balbució Alva.

—No hay tales pruebas. Lo único que hemos podido establecer es que la ballesta pudo dispararse también desde otros lugares además desde el que se encontraba usted. Pero eso no significa nada. Usted es el más indicado para inspirar sospechas. Lawler exige un juicio rápido y una condena a muerte rápida también. El fiscal no puede negarse ante Lawler a llevarle a usted ante un jurado... Eso significaría el fin de su carrera. Yo mismo me vería obligado a omitir ciertos detalles que le favorecerían a usted. Todos somos humanos, Alva. Me ha costado largos años de sacrificio llegar a capitán... ¿comprende esto?

Alva guardó silencio. Las explicaciones de Hyatt se confundían con la espléndida perspectiva de salvar el cuello, más al mismo tiempo pensaba en lo absurdo de huir por algo que no había hecho, y todo esto le aturdía.

—¿Y... qué quieren ustedes? ¿Simular una fuga? —murmuró.

—Exactamente. Pretextaremos que usted se arrojó del automóvil en marcha y no pudimos alcanzarle.

—Pero si huyo empeoro mi situación, ¿no es eso?

—Lo sería en el caso que le echáramos de nuevo el guante, pero eso no ocurrirá.

—Lawler exigirá una búsqueda minuciosa, y toda la policía del Estado no puede, estar metida en esta confabulación a favor mío.

—Desde luego, eso es cierto. Dispondrá usted de muy poco tiempo para ponerse a salvo antes que tengamos que dar la voz de alarma. Mi consejo es que trate de salir del Estado.

—¿Cómo podré escapar, sin dinero ni medios para huir lejos?

—Busque un teléfono público, llame a su Club y pida a sus hombres que acudan a determinado lugar con un auto y cuanto dinero puedan reunir. Sólo hay doce millas desde los límites de la ciudad a los límites del Estado. Un taxi podría llevarle en quince minutos, aunque es preferible no dejar ninguna pista. Lawler, por descontado, hará que se le busque también en el vecino Estado de Wisconsin. Mi reloj señala las once y veinticinco minutos. A la medianoche daremos cuenta de su fuga, pero no nos apresuraremos demasiado en movilizar nuestras fuerzas y aún perderemos algún tiempo buscándole en su Club. Si se da usted prisa, con un poco de suerte, puede llegar a Ashland o cualquier otro puerto pequeño, alquilar una motora y encontrarse en el centro del Lago Superior en aguas canadienses al amanecer.

El plan parecía perfecto. El Canadá estaba cerca cruzando el vecino Estado de Wisconsin. Alva tenía siempre fuertes cantidades de dinero en billetes en la caja del club. Bill traería el dinero donde él le indicase y también su auto, que era moderno y potente.

—Ahora cada minuto cuenta —dijo Hyatt con acento impaciente haciendo sonar las esposas—. Andando, lárguese.

Mientras asía la manija de la portezuela, Alva pensaba que el capitán Hyatt y el Fiscal arriesgaban mucho facilitándole la fuga. Si le cogía la policía de Wisconsin y le traían de nuevo a Saint Paul, él tendría en sus manos el brillante porvenir de Pickens como fiscal y la carrera de Hyatt como oficial de Policía. ¿No era absurdo que estos dos hombres, tan «humanos» que temían no poder oponerse a los deseos de Lawler por hacerle condenar, expusieran tan tontamente su porvenir por proteger a un jugador... a un despreciable *gángster*... a un presunto asesino cuya vida no les importaba nada?

Apenas Alva había puesto los pies en tierra cuando comprendió que acababa de cometer el mayor error de su vida. Aquella especie de niebla que embotaba sus sentidos se despejó de pronto como barrida por un rayo de sol.

¿Quién dijo que Hyatt estuviera dispuesto a ayudarle a huir?

¡Todo era una maldita trampa para asesinarle impunemente!

Alva se detuvo junto al automóvil como clavado al suelo. Hyatt dijo detrás de él, impaciente y persuasivo:

—Adelante, Alva. Eche a correr.

Alva se preguntó qué ocurriría si él se volviese de pronto.

Seguramente Hyatt tendría la pistola en la mano. Su propósito era dispararle por la espalda, a fin de poder pretextar después que le había matado cuando trataba de huir. Pero si él se volvía y le atacaba, Hyatt dispararía de todos modos, aunque tuviera que hacerlo de frente y a bocajarro.

En un solo segundo, Alva se decidió por el riesgo que le ofrecía la única probabilidad de salir con vida de aquel apuro.

Se volvió de pronto girando sobre sus talones. Hyatt estaba en la portezuela, un pie fuera del coche en el suelo, empuñando el revólver de cañón pavonado corto y grueso...

Hyatt pegó un respingo y tiró hacia atrás del percutor. Pero Alva caía sobre él como un rayo. Su mano asió la muñeca de Hyatt apartando el arma, mientras con el puño derecho le golpeaba entre los ojos. Hyatt cayó hacia atrás dentro del automóvil y la pistola quedó en poder de Alva.

El detective, que estaba ante el volante, se volvió haciendo fuego.

Alva saltó a un lado y el balazo atravesó la plancha metálica de la carrocería. Alva echó a correr saltando la cuneta, alejándose en diagonal de la carretera y el automóvil a través de un campo de alfalfa. El detective saltó fuera del coche e hizo dos disparos, uno inmediatamente a continuación del otro.

Al menos, una de las balas pasó silbando junto al oído de Alva. Éste siguió corriendo al mismo tiempo que zigzagueaba. Los árboles estaban ya cerca. Llegó hasta ellos y saltó tras un tronco, mirando hacia atrás mientras jadeaba entrecortadamente.

Una voz maldecía. Se trataba sin duda de Hyatt. Un auto se acercaba por la carretera. Sus faros barrieron la oscuridad. Alva pudo ver a contraluz la figura de un hombre que corría a través del campo de alfalfa. De pronto hirió los ojos de Alva un foco de luz procedente del auto que estaba detenido en la carretera.

Sin duda, el detective había encendido el faro pirata movible del auto policíaco para registrar con él la arboleda. Hyatt, por tanto, no desistía aún de capturarle.

Alva abandonó el tronco del árbol echando a correr. Hyatt debió verle. Sonaron otros dos disparos. Las balas fueron altas

desprendiendo una lluvia de hojas amarillentas de las copas de los árboles.

Al otro lado de la arboleda el terreno descendía bruscamente.

Allá delante, Alva vio el reflejo de las luces de Minneapolis en las aguas del Mississipi. Aguas abajo, Alva vio las luces de un puente sobre el que se deslizaban los faros de los automóviles. En vez de correr hacia el río, Alva optó por marchar paralelamente a éste.

Desde luego, tendría que cruzar forzosamente el río para llegar hasta su casa, en Minneapolis. Pero, ¿era conveniente hacerlo?

El Club sería uno de los primeros lugares, por no decir el primero que la policía se apresuraría en copar. El plan de fuga que Hyatt le propuso era el mejor; telefonar al Club, apremiar a Bill o cualquiera otro de los muchachos para que fueran a buscarle llevando un auto y dinero... dirigirse a Wisconsin y tratar de alcanzar el Canadá en unas horas.

¿Cuánto tiempo tardaría Hyatt en dar la alarma para que se cerraran todas las rutas que cruzaban la divisoria entre Minnesota y Wisconsin?

Muy poco seguramente, cuestión de diez o quince minutos a lo sumo. También haría vigilar todas las carreteras que salían de las ciudades gemelas de St. Paul y Minneapolis, especialmente la del norte.

El sudor empapaba la piel de Alva mientras seguía marchando con rapidez sin dejar de pensar. Acababa de salvarse de morir asesinado por la espalda, pero todavía estaba muy lejos de poder considerarse a salvo. Tenía una pistola. Como primera providencia, Hyatt avisaría que se trataba de un fugitivo armado y peligroso.

Esto significaba que la próxima vez que se encontrara con la policía, ésta dispararía contra él si no se detenía a la primera voz de alto. De cualquier modo querían cazarle... y querían cazarle muerto preferiblemente que vivo. Esto era monstruoso. La policía confabulada para asesinarle sin darle siquiera ocasión de ser juzgado según la Ley.

¿A quién podía recurrir entonces para que se le hiciera justicia?

Barajó los nombres de algunos amigos. Pocos de ellos le merecían la suficiente confianza. Y aquéllos en los que confiaría serían los primeros a quienes la policía interrogaría.

Fue entonces cuando se acordó de Leila Fair.

## CAPÍTULO VI

La casa donde vivía Leila Fair era fea, antigua, y dejaba bastante que desear en algunos detalles relativos al confort. Los pisos, desde que fue construida en 1887, habían cedido formando ondulaciones tales que una, al andar por la casa, creía estar deslizándose por una montaña rusa. Mientras tanto, las termitas estaban dando cuenta del maderamen, lo cual hacía presagiar que en fecha no muy lejana se hundiría el techo.

Leila había comprado la casa hacía un año, y estaba terminándola de pagar a plazos, pudiéndose calcular que tardaría diecinueve años más en liquidar completamente su deuda.

Aunque de primera vista parecía un negocio ruinoso haber comprado la vetusta casa, Leila sabía que hizo una estupenda inversión de un dinero que todavía no había pagado. La casa estaba situada en una antigua zona residencial por dónde avanzaba el ensanche de la ciudad.

La dueña de la casa, por razones sentimentales, la había vendido en condiciones tales que Leila no podría derribarla hasta su total pago, pero en diecinueve años más Leila ganaría una fortuna vendiendo y permitiendo que la casa fuese demolida, para que en su lugar se levantara uno de aquellos modernos edificios de apartamentos.

Leila, de regreso de la redacción del periódico, llevó su auto al garaje contiguo a la casa, cruzó de nuevo el descuidado jardín para cerrar la verja que daba a la calle y retornó por el sendero de losas sacando el llavín de su bolso.

Encendió la luz del vestíbulo y cerró la puerta. «Napoleón», su hermoso gato de Angora, bajó maullando la escalera y fue a meterse entre los pies de Leila.

—¡Hola, granuja! —saludó Leila abandonando el bolso sobre la consola del vestíbulo y cerró la puerta. «Napoleón», su hermoso gato de Angora, bajó maullando la escalera y fue a meterse entre los pies de Leila.

—¡Hola, granuja! —saludó Leila abandonando el bolso sobre la consola del vestíbulo—. Hoy no pudiste salir de conquista, ¿eh?

Encendió la luz del *living* y empezó a desabrochar los botones de su traje sastre. Tiró la chaqueta sobre un sillón y empezó a bajarse la falda.

Entonces vio al hombre que estaba tendido en el diván y dejó escapar una ronca exclamación de sorpresa.

Alva Vienes abrió los ojos sobresaltado y su primer impulso consistió en levantar el cañón de la pistola que tenía en la mano. El arma encañonó e inmovilizó a la preciosa joven que, con los brazos y los hombros desnudos, en pura combinación de cintura arriba, le miraba con ojos espantados.

Ella le reconoció aun a pesar de su desaseado aspecto, el ojo hinchado y amoratado, la larga herida sobre la ceja y otras contusiones que presentaba en el rostro.

—¡Usted!

—Perdóneme —dijo Alva retirando los pies del diván para quedar sentado en el mismo. Miró hacia el vestíbulo—. ¿Ha venido sola?

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó Leila reaccionando indignada.

—No se ponga nerviosa, no voy a hacerle ningún daño. Me he escapado, estaba acorralado y no tenía donde esconderme.

—¡Usted estaba detenido!

—Sí.

—¿Y ha escapado y ha venido a mí casa para que yo le oculte?

—No se asuste. Si después que yo me haya explicado no quiere darme refugio, me iré y la dejaré en paz.

—¡No estoy asustada! —exclamó Leila indignada. Se dirigió al sillón, tomó la chaqueta que había dejado caer antes y se la puso, aunque sólo abrochó un botón de ella. Se volvió a mirarla furiosa—. ¿Cómo logró entrar?

—Encontré una ventana que no tenía asegurado el pestillo.

—Es una pregunta tonta —asintió Leila moviendo la cabeza—.

Aunque todos los pestillos estuviesen asegurados, usted habría encontrado la forma de entrar. Supongo que tiene experiencia en introducirse en las casas en ausencia de sus dueños.

Alva se limitó a mirarla y Leila se arrepintió por lo que acababa de decir.

—¿Qué le ocurrió en la cara? ¿Tuvo un accidente? —preguntó.

—La policía me dio una paliza.

La paliza debió ser muy dura a juzgar por el aspecto de la cara de Vicenes. Leila se mordió el labio.

—Le curaré esa herida y luego se irá —dijo secamente—. Voy a buscar el botiquín.

Alva guardó la pistola en el bolsillo y esperó pacientemente hasta que la muchacha regresó con una caja blanca que puso sobre la baja mesita ante él.

—Muy bien, ya puede empezar a contar —dijo Leila humedeciendo un algodón en alcohol—. ¿Cómo logró escapar? ¿Mató a alguien con esa pistola?

—¿Quién se figura usted que soy? —protestó Alva al sentir el escozor del alcohol sobre la herida de la ceja—. No he matado a nadie. ¡Y tampoco asesiné a Emma Lawler! Usted estuvo anoche en mi apartamento. Sabe que en el estado que quedé no podía levantarme, ir a Lawler House y montar aquella trampa para que funcionara cuando Emma estaba arrodillada ante el altar.

—Está bien, no se excite. No está usted ante un jurado todavía.

—¡Jamás permitiré que me lleven ante un jurado! ¿Comprende? Ningún jurado me merecerá ninguna garantía después de lo ocurrido hoy. La policía quiso asesinarme. Parece increíble, ¿verdad? ¡Pues es cierto, intentaron asesinarme!

Leila Fair le puso una tira de esparadrapo sobre la herida. Luego se retiró un paso para contemplarle serenamente.

—Su acusación es muy grave, Alva. ¿Quién va a creer que la policía quiso asesinarle?

—¡Usted no lo cree, por supuesto! —exclamó Alva—. Bien, escuche el resto de la historia y vea cómo escapé. Esta noche, después de pegarme una paliza por haberme negado a firmar una confesión, me sacaron de la estación de policía para llevarme a la prisión. Me pusieron las esposas y me metieron en un auto de la policía. Me acompañaban el capitán Hyatt y un detective llamado

Turnbull. En el trayecto, al llegar a las afueras de la ciudad, se detuvo el auto y Hyatt me quitó las esposas. Dijo que iba a dejarme escapar, que fingirían que yo me había evadido saltando del coche en marcha y contaría casi con una hora de tiempo antes que dieran parte y se cerraran todas las carreteras que conducen al norte y al este.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Leila Fair—. ¿Por qué iban a dejarle escapar?

—¡Oh, también a mí me sorprendió! Pero fui tan tonto que no comprendí la verdadera intención de Hyatt hasta después. Él se expresó con aparente naturalidad. Dijo que la policía creía que yo era inocente, opinión de la que, al parecer, participaba también el fiscal, pero que no tendría salvación si me sometía a juicio. Míster Lawler estaba rabioso por la muerte de su hija, él creía que yo era el asesino y exigiría un juicio breve y la pena de muerte para mí. Dijo Hyatt que el fiscal no quería verse obligado bajo presión a obtener un veredicto de culpabilidad contra mí. Al mismo Hyatt le repugnaba un acto de tan inhumana injusticia, pero tenía que defender su empleo... lo mismo que el fiscal su carrera. Por eso habían decidido darme una oportunidad de escapar.

Esta vez la periodista no hizo ningún comentario. Repentinamente, Alva cayó en la cuenta de la escasa consistencia de su historia. Si alguna vez el capitán tuviera que responder a los cargos que se le hicieran por haber intentado asesinar a su prisionero, Hyatt lo negaría rotundamente. Y su negativa, apoyada por el testimonio del detective que se halló presente, dejaría sin efecto la acusación de la víctima.

Alva guardó abrumado silencio, hasta que Leila dijo:

—Bien, ¿por qué no sigue usted?

—Si quiere que le diga la verdad, según le voy contando todo esto, me doy más y más cuenta de la imposibilidad de que nadie me crea. Y sin embargo, ésta es la verdad. Hyatt me empujó, por así decirlo, fuera del coche invitándome a correr. En ese instante comprendí que había caído en una maldita trampa. Ni al fiscal ni a la policía les importaba que me condenaran. Ni Pickens ni Hyatt se expondrían a perder su empleo ayudándome a escapar. ¿Qué pretendían entonces? ¡Matarme! Sería fácil para Hyatt excusar mi muerte asegurando que salté del coche en marcha mientras me

conducían a la prisión. Presentí la muerte a mis espaldas. Me volví de repente... y en efecto, allí estaba Hyatt apuntándome con su pistola. Me abalancé sobre él, le golpeé en la cara y le quité la pistola. El detective que iba con Hyatt disparó contra mí mientras corría. El propio Hyatt me persiguió a campo traviesa, pero logré escabullirme y llegar hasta aquí.

Leila se puso a envolver el algodón, guardando el alcohol y el esparadrapo en el botiquín.

—¿Por qué vino a mí casa y no a cualquier otro lugar?

—Porque no tenía otro sitio adonde ir. Estaba desesperado...

—Y entonces se acordó de mí.

—Sí.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—En primer lugar, confiar en mí. Le he dicho la verdad, toda la verdad, sobre el caso. Soy inocente del delito de que se me acusa. Nunca pensé asesinar a Emma. ¿Por qué había de hacerlo? Yo la quería... creía que iba obligada a ese matrimonio con Smith.

—¿Todavía seguía creyendo eso esta mañana, cuando la estaba viendo a punto de casarse con otro hombre? —preguntó Leila.

Alva sacudió la cabeza.

—No. Creo que en ese momento comprendí mi error. Entonces me vi ridículo y sentí que se desvanecía todo mi amor por ella. Es posible que inconscientemente, en ese momento, le deseara algún mal. Mas entonces era demasiado tarde para subir a aquel árbol, armar la ballesta y disparar la flecha que la mataría.

—Así que fue como si alguien hubiese materializado de pronto su deseo de usted fulminando a Emma en el mismo instante que le deseó un mal, ¿no es cierto?

—Sí. Sólo que como no creo en brujerías ni en eso que llaman mal de ojo, me inclino más bien por pensar que alguien premeditó su muerte con muchas horas de anticipación. Aquello no fue obra del diablo, aunque sí inspirado por una mente diabólica.

—¿Quién pudo desearle la muerte a una muchacha como Emma? ¿Sabe usted de alguien que la odiara hasta ese extremo?

—No, pero sé de alguien que la amó mucho.

—¿Quién es el hombre?

—Nathan Pickens, el fiscal.

Leila Fair pareció reflexionar un minuto.

—Algo creo recordar al respecto. Pero de eso hace mucho tiempo.

—Hace cuatro años exactamente. Pickens llevaba a cabo una campaña electoral arrolladora. Lawler le protegía, considerándole sin duda un joven de talento. Parece que durante algún tiempo Lawler consideró la conveniencia de casar a su hija con aquel activo y prometedor fiscal. Luego el proyecto se olvidó, Pickens perdió el favor del poderoso personaje y su estrella declinó. Pickens siguió haciéndose ilusiones hasta mucho tiempo después. Estaba realmente enamorado de Emma, o por lo menos así llegó a creerlo la propia Emma.

—¿Fue la misma Emma Lawler quien se lo contó a usted?

—Sí. Emma le profesaba un tierno afecto. Tenía a Pickens por un hombre inteligente. Se compadecía de él y lamentaba la torpeza del viejo Lawler, por no haber sabido apreciar las virtudes del fiscal. Yo no podía evitar sentir celos cuando Emma hablaba de Pickens. Ella, sin duda, era incapaz de amarle, pero yo creo que toda mujer se siente en el fondo agradecida al hombre que la adora en silencio.

—Pickens no desearía la muerte a una mujer que le profesaba esa clase de afecto, ¿verdad?

—No sé. Pickens me dio la impresión de ser un hombre ecuánime cuando me interrogó esta tarde. Resulta penoso pensar que pudiera estar de acuerdo con el capitán Hyatt para asesinarme.

—Tal vez fue pura invención de Hyatt eso de que el fiscal no quería perjudicarlo. Por cierto, Hyatt se encontraba con nosotros al pie del árbol cuando se disparó la ballesta. Si el arma fue disparada desde allí mismo, Hyatt tuvo las mismas oportunidades de hacerlo que usted y yo. Piénselo. ¿Pudo tener algún móvil el capitán?

—¿Un móvil para desear matar a Emma Lawler? —murmuró Alva pensativamente—. No, no se me ocurre ninguno. El crimen tiene el sello característico de un homicidio pasional. Yo, hasta Pickens y quizá el novio, pudimos tener una razón para asesinar a Emma. Pero, ¿por qué el capitán?

—Dice usted que quizá el novio tuviera un móvil... ¿Se refiere a míster Winfield Smith?

—Él era el novio en la boda que se estaba celebrando, ¿no es cierto? —Gruñó Alva desapaciblemente, como si le causara daño remover el recuerdo de aquel acto.

—¿Qué motivos pudo tener el señor Smith para querer deshacerse de Emma Lawler?

—¡Y yo qué sé! Es algo que se me ocurrió de repente, y nada más.

Leila Fair se quedó reflexionando.

—¿Sabe? No es una idea descabellada después de todo —dijo de repente. Alva levantó los ojos hasta su bonito rostro y ella siguió llena de animación—: Tratemos de imaginar lo que ocurrió en la mansión de los Lawler después que usted estuvo allí dejando su ponzoña...

Alva hizo una mueca de protesta. La muchacha continuó:

—El viejo Lawler, lógicamente, se mostraría indignado. En el primer arrebato de cólera puede que llegara incluso a hablar de suspender la boda. Luego se impondría el buen sentido, pues la suspensión de la boda promovería un escándalo, humillaría a Emma y dejaría en mal lugar a toda la familia. Lawler decidiría que la boda no podía suspenderse. En cambio entrevió desde el primer instante la imposibilidad de que Smith llegara a ser elegido alcalde. Los enemigos políticos de Lawler no tardarían en descubrir aquella mancha en el pasado de Smith y sabrían airearla para restarle votos al candidato. Smith acató la sentencia apretando los dientes. Quizá nunca haya sentido amor por Emma Lawler, aunque reconocía la conveniencia de contraer matrimonio con ella para descollar en la política. Si después de esto Smith iba a ser retirado de la política, ¿para qué demonios iba a casarse con Emma Lawler? Smith, sintiéndose humillado a su vez, maquinaría entonces el crimen. Se libraría de Emma de una forma cruel y espectacular. No sería alcalde de Saint Paul, era cierto, pero tampoco sacrificaría su libertad a una esposa que no amaba y a un, suegro que en adelante habría de hacerle la vida imposible con sus reproches. He aquí, pues, que Winfield Smith sí pudo tener su móvil. ¿Qué le parece?

—¿Por qué no se mete a escribir novelas? —murmuró Alva—. Con su imaginación podría llegar lejos.

—¿No le gusta mi teoría sobre los motivos que pudo tener Smith para asesinar a Emma Lawler?

—Me encanta, sobre todo porque mientras vayan surgiendo sospechosos aumentan mis esperanzas de que al fin se esclarezca la verdad. Desgraciadamente, la verdad parece estar enterrada muy

profunda y no se nota que nadie tenga mucho entusiasmo en sacarla de allí. Es más cómodo cargarme a mí con el sambenito y hacer que me ahorquen, pagando justos por pecadores.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Qué puedo hacer? Si usted me da asilo durante un par de días aprovecharé la primera oportunidad para escapar intentando pasar la frontera. Eso es lo que haré también si usted me echa... sólo que con menos probabilidades de éxito. A estas horas todas las carreteras, aeródromos y vías férreas deben estar vigilados por la policía.

—¿No cree que mejor que huir y exponerse a ser capturado, debería permanecer en la ciudad e intentar por todos los medios descubrir al verdadero asesino? —insinuó la muchacha.

—¿Cómo podría hacerlo? No soy detective. Además, apenas asome a la calle la policía me echará el guante.

—Puede hacer mucho desde aquí. En primer lugar, tiene dinero para pagar buenos detectives. Luego me tiene a mí dispuesta a ayudarla y también tiene a sus hombres. Nosotros haremos todo lo que usted no pueda hacer por sí mismo.

Alva la miró agradecido.

—¿De veras está dispuesta a ayudarme?

—Sí. Con una sola condición.

—¿Cuál?

—Usted me cederá en exclusiva los derechos para publicar su historia desde el principio al fin.

—Ojalá tenga la oportunidad de hacerlo —suspiró Alva. Le miró inspirado de súbito optimismo—. De acuerdo, trato hecho.

—Ahora supongo que querrá comer algo. Está usted hambriento.

—Estoy muerto de sueño, molido y hambriento.

—Comerá usted, le daré dos tabletas de aspirina y un café bien cargado de coñac. Mañana estará como nuevo. Usted tendrá las ideas más claras... y hasta es posible que a mí se me ocurra algo.

## CAPÍTULO VII

Al despertar a la mañana siguiente, Alva Vicenes recorrió toda la casa sin encontrar a la muchacha. El único ser viviente en todo el edificio era un hermoso gato de Angora que fue a restregarse contra las piernas del huésped. El auto de *miss* Fair faltaba del garaje.

Alva tomó el gato entre sus brazos y fue a sentarse en una mecedora ante la ventana, desde donde estuvo vigilando la calle a través de los visillos. Transcurrido un largo rato llegó un automóvil y se detuvo ante la casa. Alva se enderezó alarmado. Leila Fair se apeó del coche, y cargada con un saco de papel y dos paquetes atravesó el descuidado jardín entrando en la casa.

El gato saltó de los brazos de Alva y fue a restregar su lomo contra las esbeltas piernas de la muchacha.

—¡Hola! —dijo ella alegremente después de cerrar la puerta—. No esperaba verle levantado tan pronto. Le hubiera dejado aviso.

Alva vio que la joven traía también un periódico cuyo extremo doblado asomaba del saco de compras.

—¿Habla de mí el periódico?

—Su fotografía y la noticia de su escapatoria aparecen en primera página junto con la versión ocular del crimen escrita por mí. Puede ir leyendo mientras preparo el desayuno.

Alva tomó asiento en la mecedora y desplegó el periódico.

No le sorprendieron en absoluto la serie de mentiras inventadas por el capitán Hyatt para explicar su fuga. Según la versión de la policía, el detenido había escapado cuando era trasladado a la prisión comarcal, habiendo saltado del coche en marcha y poniéndose a salvo a favor de la oscuridad antes que Hyatt pudiera alcanzarle con su disparos.

Leila salió de la cocina llevando el desayuno en una bandeja.

—¿Ha leído el periódico?

—Sí. Hyatt es un embustero. ¿Por qué no explica cómo fue tan negligente que no le puso las esposas a un detenido, ni llevó más escolta que un detective ocupado en conducir el coche?

—Usted dijo que Hyatt le quitó las esposas.

—¡Claro que me las quitó! ¿Imagina usted siquiera que pudieran llevarme a la prisión sin esposarme? Pero Hyatt no puede confesar eso, ni explicar cómo le arrebaté su pistola, lo cual omite deliberadamente.

Leila guardó silencio mientras echaba el café en las tazas. Al sentarse en el viejo sillón de asiento de rejilla murmuró:

—Tardé en dormirme anoche dándole vueltas al asunto. Después de todo, ¿no estará equivocado usted respecto a las verdaderas intenciones del capitán? No hay aparente razón para que la policía quisiera asesinarle.

—Yo conozco una al menos. La razón es que la policía anda completamente despistada. Ellos necesitan presentar un culpable... preferiblemente muerto para que no pueda defenderse.

—¡Oh, espere! Ésa puede ser la clave del misterio, tanto si realmente querían matarle como si sólo deseaban alejarle de aquí. Probablemente la acusación que pesa sobre usted tiene algún punto débil por el cual puede ser rechazada, y demostrarse así su inocencia.

Los ojos de la muchacha brillaban. Ella continuó:

—Estimo como medida urgente contratar los servicios de una agencia de detectives para que nos ayuden a resolver el caso. Si hay un punto débil en la acusación del fiscal, tenemos que saber cuál es e introducirnos por esa brecha rebatiendo los cargos acumulados contra usted.

—Muy bien. Cuanto antes empecemos, mejor —contestó Alva.

Decidieron dirigirse a la Agencia de Detectives Norton. Leila fingiría estar interesada en el caso por razones de su profesión de periodista. Alva sugirió la posibilidad de utilizar también a sus hombres; Frank McGovern, Robert Hale... y si era preciso a Bill Mouth y el resto de sus empleados.

—Mejor que prescindamos por ahora de su gente —opinó Leila Fair—. Su Club estará vigilado, y su teléfono intervenido por la policía.

—La policía de Minneapolis nada tiene que ver con la de Saint Paul —le recordó Alva.

—Sin embargo, si Hyatt ha pedido su colaboración, la policía de Minneapolis tendrá que prestársela. Voy a salir.

En efecto, Leila salió poco después y Alva quedó solo en la casa. Alva confiaba en que la periodista estaría de regreso para la hora del almuerzo, pero en realidad Leila no apareció hasta las tres de la tarde.

—¿Dónde demonios estuvo metida? —refunfuñó Alva.

Leila parecía contenta.

—¿No ha almorzado usted?

—¿Y cómo, no estando usted?

—¡Dios mío, qué inútiles son los hombres! Vaya encendiendo el fogón y ponga agua a calentar para hervir unas latas de conservas mientras me quito esta ropa.

Alva estaba en la cocina escogiendo entre una docena de latas de conservas diferentes, con el gato sobre el hombro, cuando Leila entró en la cocina anudando el cordón de su bata. Al ver al gato sobre el hombro de Alva se echó a reír:

—¿De modo que «Napoleón» hace buenas migas con usted? Yo pienso que no debe ser usted un criminal nato, de lo contrario, no sería amigo de los animales. Los animales poseen un sentido especial que les atrae hacia quienes se portan bien con ellos. ¿Qué vamos a comer?

—¿Puedo calentar estas judías?

—¿Le gustan las judías?

—Llegué a aborrecerlas en el reformatorio. Desde entonces no he vuelto a probarlas.

—Sea, pues, por las judías. ¿No me pregunta qué tal fueron mis gestiones? —dijo Leila mientras echaba los pots de conserva en el agua caliente.

—Espero que usted me cuente cómo le fue.

—Estupendamente. Los detectives de Norton están ya trabajando para nosotros. También tenemos trabajando gratuitamente a un valioso colaborador: John Ellison.

—¿Quién es?

—Un periodista, el mismo que escribió el trabajo que usted leyó esta mañana. Edison ha andado husmeando por ahí toda la mañana

y me confió algo de sumo interés para nosotros.

—¿Qué es ello?

—No se ha encontrado el hilo.

—¿Qué hilo, de qué habla usted? —preguntó Alva sorprendido.

—¿No lo comprende? Del hilo que disparó la ballesta. Usted no lo tenía encima cuando le registraron. Tampoco se encontró cerca del árbol ni en parte alguna.

—Es curioso, siempre pensé que el hilo se quedó colgando del disparador del arma.

—No. La opinión de los expertos es que se trataba de un hilo delgado de nylon, probablemente un sedal de los utilizados para pescar el salmón; es decir, un hilo resistente y prácticamente invisible a corta distancia. Al extremo del hilo, el asesino debió atar un alfiler doblado, o una horquilla de las que utilizamos las mujeres, o algo parecido en forma de gancho, introducido en una anilla de cortina atada al gatillo de la ballesta con un bramante. El crimen fue ejecutado de esta sencilla e ingeniosa manera. Al primer tirón del hilo se disparó la ballesta y ésta lanzó la flecha. Después, tirando con más fuerza, el asesino hizo que se desdoblara el débil gancho insertado al extremo del sedal, de modo que se soltó y pudo recuperar el hilo.

—Realmente ingenioso —murmuró Alva—. De esta forma, haciendo desaparecer el hilo, es prácticamente imposible saber dónde estuvo situado el asesino.

—La policía se pregunta ahora qué longitud pudo tener el hilo, y parece inclinada a creer que el hilo era más bien largo. Es lógico que fuera largo, ya que de otro modo las sospechas recaerían inmediatamente sobre los que estaban al pie del árbol, como en efecto ocurrió.

—¡Oh, comprendo! ¿Es ese entonces el punto débil de la acusación que hay contra mí?

—Eso parece. Aparte de que el hilo, según John Ellison ha sabido extraoficialmente, parece ser que fue tomado de los útiles de pesca de Carl Lawler, el hermano de la víctima.

—¡Entonces, el asesino es alguien de la casa!

—O alguien que tiene acceso a ella... al menos para saber que los útiles de pesca estaban en esa caseta para la canoa que hay en la orilla del lago junto al embarcadero. ¿Usted sabía eso?

—He estado una o dos veces en esa caseta cuando tomé la canoa para pasear por el lago. No recuerdo haber visto... ¡sí, espere! Ahora recuerdo que había algunas cañas de pesca por allí.

—Lo que significa que también pudo conocer la existencia de un corcho para arrollar sedales, y que al menos lo que se refiere a la procedencia del hilo, usted pudo ser el asesino. Hay otro detalle que le acusa a usted. Se aficionó a la ballesta mientras frecuentó la casa y llegó a manifestarse como un buen tirador.

—Todos los que frecuentaban más o menos Lawler House tenían nociones del tiro con arco y ballesta. Los hermanos Lawler practicaban ese deporte, e incluso el viejo Lawler participaba alguna vez en los ejercicios mano a mano con los jóvenes amigos de sus hijos. Personalmente habré disparado un centenar de veces en ballesta en las ocho o diez veces que estuve en Lawler House. Prefería la ballesta al arco, porque se dispara casi como un fusil y es mucho más fácil de manejar para el neófito. Que tuviera más fortuna que otros en el tiro con ballesta, no es un cargo de peso contra mí. Muchos de los amigos de la casa tiraban como yo o mejor, entre ellos Pickens y el capitán Hyatt.

—A propósito de Hyatt. ¿Es posible que el crimen tuviera un significado político, más bien que pasional? —interrogó Leila Fair.

—¿Quiere decir...?

—Que si existiera un móvil político para asesinar a Emma Lawler podríamos introducir tal vez a Hyatt como sospechoso. El tuvo tantas oportunidades como cualquier otro. Frecuentaba la casa... tenía experiencia en el tiro con ballesta. Y por último, Hyatt intentó matarle a usted.

—No, no lo creo. Resulta difícil admitir que hubiera una razón política para asesinar a Emma. Si la víctima hubiese sido Winfield... ¡Oh, espere! —Alva se dio con la palma en la frente, produciendo un chasquido que ahuyentó al gato de su hombro—. Se me ocurre...

—¿Qué? —preguntó Leila con ansiedad.

—¡Que Emma pudo ser la víctima por error!

—¡Oh!

—Después de todo —continuó Alva, excitado—, el asesino tuvo que apuntar la ballesta de noche, en la oscuridad. ¿Se da usted cuenta, Leila? ¡La flecha que mató a Emma pudo ir destinada a Winfield Smith! Eso abre ante nosotros multitud de posibilidades.

Muy pocos tuvieron un móvil para asesinar a Emma... ¡pero con Smith es diferente!

—¡Vaya, ya lo creo! —murmuró Leila jugando con el tenedor que tenía en la mano—. Eso ampliaría mucho el círculo de los sospechosos. No le omitiría a usted, pero entrarían en él Pickens... el capitán Hyatt... hasta los mismos Lawler. ¿Por qué no? El propio Lawler, o su hijo, o su camarilla de politicastos, pudieron decidir que el sacrificio de Emma era estéril, por cuanto Smith iba a ser retirado de su candidatura y apartado de la política... La verdad es que la estrella de Winfield Smith dejó de brillar repentinamente cuando usted se presentó en Lawler House y sacó a relucir sus trapitos sucios. Esa misma noche, víspera de la boda, alguien decidió quitar de en medio a Winfield Smith. ¿Sabe que ha tenido usted una gran idea, Alva? ¿Mas por qué pone esa cara compungida?

—Pienso que si fue así, yo promoví la causa que llevó a Emma a la muerte —repuso Alva con acento lastimoso.

—Bueno, no sabemos... —murmuró la muchacha. Tras un breve silencio añadió—: Las judías ya deben estar calientes.

Durante el almuerzo siguieron discutiendo su plan de acción.

—Voy a salir para ver si los detectives han averiguado algo aprovechable. Siento decirle que no regresaré hasta muy tarde. Tengo que acudir a mis asuntos profesionales y trabajar unas horas en la redacción —dijo Leila.

Leila Fair se marchó alrededor de las cinco y Alva volvió a quedar solo en la casa. Fisgoneó entre los libros que la dueña de la casa tenía en la librería: los clásicos... premios Pulitzer... premios Nobel de Literatura... tratados de Filosofía... la Enciclopedia Británica...

Las aficiones literarias de Leila Fair diferían de las de Alva, que sólo había leído algunas novelas de Edgar Wallace y Zane Grey principalmente. Sin embargo, le gustaba que su nueva amiga fuese una persona ilustrada. Las gentes cultas eran la debilidad de Alva. Por esta razón quizá había tratado de atraer a su Club nocturno a la crema de los intelectuales de las dos ciudades gemelas: Minneapolis y Saint Paul. Y lo había conseguido. El «Kingdom» gozaba de buena reputación por su ambiente elegante, la calidad de sus comidas y el buen gusto de los espectáculos que presentaba.

También quizá por las mesas de ruleta del sótano...

Anocheció. Alva no se atrevía a encender las luces, por temor de que algún resplandor pasara a través de las cortinas y llamara la atención del policía del barrio, que varias veces durante la tarde vio pasar por delante de la casa.

Si iba a estar aburriéndose en la oscuridad, Alva pensó que podía salir y hacer algo que estaba deseando hacer desde la noche anterior. Leila Fair, de saberlo, no lo hubiera aprobado. Pero Alva iba a hacerle una visita al capitán Hyatt, y no sería precisamente una visita de cumplimiento.

La noche anterior Alva había entrado en la casa saltando la verja. Ahora, sin embargo, sabía que existía otra verja detrás, por dónde Leila introducía el auto en el garaje. Esta segunda verja daba a una calle oscura y poco transitada.

Después de asegurarse de que llevaba la pistola en el bolsillo, Alva abandonó la casa por la ventana de la cocina, que cerró de nuevo desde fuera, y cruzó el descuidado jardín hasta la verja. Apenas acababa de saltar a la calle, cuando vio las luces de un automóvil que se acercaba con rapidez.

Aunque sin hacer sonar la sirena, el auto hacía destellar la luz roja del techo, lo cual le identificaba a distancia como un auto de la policía.

Alva corrió hacia la valla de un solar que se extendía al otro lado de la calle. Varias tablas faltaban de la estropeada valla, lo que permitió a Alva introducirse por una de las oberturas hasta el terreno cubierto de basura y maleza que había detrás.

Acurrucado tras la valla, con la pistola empuñada, Alva espío a través de las juntas de las tablas la llegada del automóvil policial. Éste se detuvo ante la verja de la casa de Leila Fair. Tres o cuatro detectives saltaron del coche y se dirigieron a la verja. Alva adivinó la presencia de otro auto por lo menos en la parte opuesta de la casa, ante la verja de la fachada principal.

¡Se había salvado por minutos de ser atrapado en la casa!

Alva guardó la pistola en el bolsillo y se alejó con rapidez atravesando el solar. Le intrigaba mucho la forma rápida en que la Policía parecía haber llegado a la sospecha de que él pudiera encontrarse refugiado en el domicilio de Leila Fair. ¿Le habría denunciado la propia Leila? Alva se negaba a creerlo.

Poco después, Alva estaba cruzando a pie el puente sobre el río a la altura de Pike Island. Ya en término de Minneapolis, mientras marchaba por el lado de la carretera, vio el piloto verde de un taxi que regresaba de vacío del cercano aeropuerto.

El taxista se detuvo a las señas de Alva y miró con alguna desconfianza al hombre solitario que estaba de pie en la carretera.

—¿Puede llevarme hasta la farmacia más próxima? —preguntó Alva adivinando que sólo una razón de peso animaría al taxista a tomarle por pasaje—. Vivo en una casucha cerca de estos andurriales y tenemos un niño enfermo en casa.

El taxista refunfuñó y él abrió la portezuela. Alva sabía que a estas horas la farmacia que encontraran abierta tendría que ser la que estuviera de guardia. No encontraron una hasta la Calle 38. Alva entró en la farmacia mientras el taxi esperaba fuera y pidió al dueño que le permitiera utilizar el teléfono.

Momentos después Alva escuchaba en el auricular la voz de Maud Carter.

—Soy yo, Maud.

—¿Quién? —preguntó la mujer sin reconocerle.

—Yo. Supongo que Al ya habrá salido para el Club.

—¿Eres tú, Alva? —inquirió Maud sorprendida y excitada—. ¿Dónde estás? ¡Sí, Al salió ya para el Club!

—Necesito que vengas por mí a una farmacia de la Calle Treinta y Ocho, esquina con Hawatha Avenue. Toma un taxi, coge algún dinero y ven enseguida. Pero antes llama a Al. Dile que hay un niño enfermo...

—Sí, por supuesto... estoy ahí en cinco minutos.

Maud Carter tardó casi doce minutos en llegar. Era una mujer de 35 años, alta y no fea, aunque su principal atractivo residía en el tamaño y la vivacidad de los ojos. Alva tenía un paquete en las manos.

—Hola, Maud. ¿Quieres pagar estas medicinas? Son dieciséis dólares y cuarenta centavos.

Maud, que se había hecho cargo de la situación inmediatamente, abonó la cantidad sonriendo al farmacéutico y luego siguió a Alva a la calle. Alva le rogó que le diera cinco dólares, pagó al taxi que le había traído y lo despidió con una excusa:

—Gracias, volveré a casa en el taxi que trajo mi hermana.

El auto se alejó y Alva asió por el brazo a Maud cruzando con ella la calle.

—¿Dónde has estado, Alva? Nos hemos sentido muy preocupados por ti.

—Ya te contaré, Maud. Escucha ahora. ¿Está vigilada vuestra casa?

—Sospecho que sí. Varias veces pasó hoy un auto de la policía por la calle, y los detectives miraban hacia nuestra casa.

—Es natural, ellos estarán esperando que recurra a alguno de mis amigos en busca de dinero para escapar. Confiemos en que al menos vuestro teléfono no esté intervenido... Bien, vas a volver a casa. Allí estará Carter, lógicamente alarmado creyendo que alguno de los chicos está enfermo. Di a tu marido que regrese al Club y que me envíe a Frank y a Bob con una maleta y alguna ropa y también un par de miles de dólares en billetes pequeños. Pueden tomar el auto de Mouth y que les acompañe éste también. Les estaré esperando en la esquina entre Hiawatha Avenue y Cedar Avenue. Llévame ahora allí en tu taxi, toma otro taxi para regresar a casa y no olvides nada de cuanto te he dicho. Que incluyan sobre todo un traje discreto entre la ropa.

—Descuida, no olvidaré nadar.

—Está bien, tomemos tu taxi —dijo Alva empujándola hacia el coche que esperaba.

## CAPÍTULO VIII

Peter Hyatt era un hombre lo bastante tacaño y lo suficientemente desaprensivo para ahorrar en gasolina y desgaste de neumáticos de su propio coche, toda vez que por su cargo podía utilizar los coches de la policía, con gasolina, neumáticos y demás gastos a cargo del sufrido erario municipal.

Alrededor de la una de la madrugada, después de una jornada tan laboriosa como infructuosa, el capitán Hyatt se apeó del coche policial ante su casa y se despidió del cabo Monroe con un malhumorado: «Buenas noches, Monroe. Hasta mañana».

El coche se alejó haciendo destellar la luz roja del techo y Hyatt cruzó la acera bajo los árboles dirigiéndose hacia la casa por el caminito de grandes losas de hormigón a través del cuidado césped.

Aunque la hermosa casa de Hyatt tenía una luz en el pórtico, esta luz estaba apagada, siempre como era natural por razones de economía doméstica. Hyatt tiró de la cadena del llavero al acercarse a la casa. La familia toda debía estar durmiendo, y la señora Hyatt no debió oír el ruido del coche, que se detenía como otras noches, ya que de haber despertado hubiera encendió la luz de la habitación y ésta se vería en la ventana.

Hyatt iba camino del pórtico cuando repentinamente, del seto verde que rodeaba la casa, surgió una sombra que empuñaba un relampagueante objeto.

—¡Quieto, capitán! ¡Manos arriba y no dé una sola voz si no quiere que le descerraje un tiro!

Hyatt se detuvo. Del otro lado del sendero surgió otra sombra igualmente amenazadora. Hyatt era un hombre valiente en determinadas ocasiones, sobre todo cuando sus violencias estaban respaldadas por la presencia de un par de agentes armados de

porras y pistolas. Pero el caso esta vez era distinto y Hyatt lamentó, entre otras cosas, su invencible tacañería que le hacía indignarse si alguna vez la familia olvidaba apagar la luz del pórtico al acostarse.

—¡Hola! —murmuró Hyatt tratando de disimular su miedo—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Os conozco?

Los dos hombres pasaron a través del seto sin dejar de encañonarle con sus pistolas. Sus caras no eran del todo desconocidas para Hyatt, si bien por el momento no pudo recordar dónde las había visto con anterioridad.

—Vuélvase.

Hyatt obedeció manteniendo los brazos levantados. Le quitaron el revólver de la funda sobaquera. Luego, el cañón de su propia pistola le empujó por detrás mientras una voz le ordenaba:

—Andando. Y repito la advertencia: no estamos para bromas. Una voz y se marcha derecho al otro mundo.

—¿A dónde me llevan? —preguntó Hyatt para ganar tiempo.

La presión del cañón contra sus costillas fue tan enérgica y dolorosa que le obligó a avanzar. Le llevaron hasta la acera, y luego, a través de la calle hacia un automóvil gris que estaba parado con las luces apagadas al otro lado de la avenida.

Alguien abrió la portezuela desde el interior del coche. Hyatt fue empujado dentro del automóvil. Al dejarse caer en el asiento, Hyatt advirtió la presencia de un hombre sentado a su lado. La luz que llegaba hasta el interior del coche procedente del alumbrado público le permitió reconocer al silencioso personaje. Era Alva Vicones.

—¿De modo que es usted? —refunfuñó.

Uno de los hombres que estaban abajo entró en el coche empujando a Hyatt. El otro dio la vuelta para sentarse junto al conductor.

—Deje sitio, capitán.

Hyatt quedó entre Vicones y el hombre que acababa de sentarse a su izquierda. Sonaron las portezuelas al cerrarse.

—Adelante, Mouth —ordenó Alva secamente.

—¿Qué se proponen hacer conmigo, Alva? —preguntó Hyatt mientras el auto se ponía en marcha.

—Vamos a dar un paseo, capitán. Mientras hablaremos.

Hyatt esperó a que Vicones dijera algo más, pero el joven se

encerró en largo mutismo que fue poniendo crecientemente nervioso al policía. El auto se dirigía hacia las despobladas afueras de la ciudad.

Hyatt tragó saliva, se humedeció los resecos labios un par de veces e hizo un poderoso esfuerzo para serenarse hasta que al fin preguntó:

—¿Es esto un secuestro, Alva? Le advierto...

—¡Basta! —rugió Alva volviéndose hacia Hyatt—. Las circunstancias han cambiado. Ya no está usted en condiciones de proferir amenazas ni hacer advertencias. Yo le advertiré a usted. Me han acusado de cometer un asesinato y no me importa que me acusen por otro. Sólo pueden ahorcarme una vez.

—Si es inocente de la acusación que pesa contra usted, es absurdo que empeore su situación haciendo contra mí algo de lo que más tarde pueda arrepentirse.

—¿Pregunta usted si soy inocente, Hyatt? ¿Es que acaso lo duda?

—No, por supuesto. Al contrario, ahora estoy seguro de su inocencia.

—¿No lo estaba anoche?

—Sí, también —dijo Hyatt tragando saliva.

—No obstante lo cual quiso asesinarme.

—¿Quién ha dicho que yo quisiera asesinarle? —protestó Hyatt acalorándose—. Le quité las esposas y le dije que podía marcharse. ¿No es cierto que fue así?

—¡Oh, seguro! Sólo que mientras me invitaba a correr me estaba apuntando por detrás con una pistola. ¿Para qué tenía aquella pistola en la mano, Hyatt?

—Ciertamente no lo sé. Era tan peligroso lo que estaba haciendo por usted... Ni me di cuenta que sacaba la pistola.

—¡Basta! —rugió Alva—. ¡Bill, para el coche junto al bordillo!

El auto se detuvo casi al instante con leve chirriar de neumáticos. Alva saltó fuera empujando la portezuela, y sosteniendo ésta, dijo casi a gritos:

—¡Apéese usted, Hyatt! Está asustado y sólo hace que inventar excusas para acomodar los hechos a su conveniencia, pero ha llegado el momento que hablemos claro usted y yo.

Hyatt no se movió del asiento. Fue Frank McGovern quien

empujándole le obligó a resbalar sobre el asiento hacia la portezuela. El policía se incorporaba cuando un segundo y vigoroso empujón de McGovern le tiró por la portezuela de cabeza a la cuneta.

Apenas Hyatt cayó al suelo cuando Alva se inclinó sobre él, le echó la zarpa al cuello y le puso en pie de un tirón. Luego le golpeó con el puño en la boca y lo tiró al otro lado de la cuneta contra una cerca de alambre. Alva le siguió hasta allí y hundió su puño en el estómago de Hyatt mientras gritaba:

—¡Adelante, capitán! ¿Por qué no lucha? ¡Aquí no tiene a sus esbirros para guardarle, pero nadie le impide defenderse como un hombre!

El puño izquierdo de Alva golpeó a Hyatt en el mentón. Hyatt iba a caer de lado cuando el puño derecho de Vienes le enderezó de nuevo pegándole en el oído izquierdo.

Hyatt agitó los brazos como un pelele y se deslizó sentado al suelo dejando jirones de sus ropas entre las púas de la cerca. De nuevo lo cogió Alva, esta vez por los hombros, poniéndole en pie y tirándole de un empujón contra la cerca. Las púas sostuvieron a Hyatt al engancharse en sus ropas. Alva le abofeteó repetidamente mientras gritaba lleno de furia:

—¿Es cierto o no es cierto que quiso matarme? ¡Hable!

—¡No fue idea mía Alva! —El cobarde Hyatt—. ¿Por qué había de querer matarle yo? ¡Lawler me ordenó que lo hiciera!

—¿Lawler? ¿El viejo e hipócrita Lawler?

—Lawler el joven; es decir, Carl... El fiscal había expresado su seguridad de que usted era inocente... les plantó cara a los Lawler diciendo que no llevaría adelante el asunto como ellos querían. Lawler, por el contrario, estaba seguro de que fue usted quien asesinó a la muchacha... Querían una venganza rápida... sin juicio...

—¡Y usted se prestó dócilmente a servirles de verdugo! ¡Maldito cobarde! —rugió Alva. Se repuso haciendo un esfuerzo, miró con desprecio a Hyatt y llamó a los hombres que, inmóviles y silenciosos, seguían la escena—. Dadle su merecido.

McGovern y Robert Hale se dirigieron hacia Hyatt mientras Vienes se refugiaba en el coche y encendía un cigarrillo con manos ligeramente trémulas. Ante el volante, Bill «Mouth» esperaba

paciente e impasible.

Alva fumó unos instantes mientras escuchaba el sordo ruido de los golpes y los angustiosos gemidos de Hyatt. Finalmente, sacando la cabeza por la portezuela, gritó exasperado:

—¡Ya basta! Dejadle estar.

Hale y McGovern contemplaron al hombre que yacía cubierto de sangre y de lodo en el suelo. Hale hizo una seña. Entre los dos levantaron a Hyatt, lo balancearon y lo arrojaron por encima de la cerca al sembrado. Luego se dirigieron al automóvil, subieron y cerraron las portezuelas.

El auto se puso en marcha, dio la vuelta y regresó hacia la ciudad.

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó Mouth sin volver la cabeza.

—Sigue adelante hasta Saint Paul. Vamos a hacerle una visita al fiscal.

—No está mal —dijo Hale con ironía—. ¿Visitaremos también a Lawler al final de la lista de personajes importantes? ¿Qué pueden hacerle a uno por darle una paliza a un fiscal?

—Nada —fue la seca respuesta de Alva—. No tendremos que pegarle a Pickens.

Cinco minutos más tarde, Alva Vienes se apeaba del auto en University Avenue y levantaba los ojos hacia cierta ventana iluminada de un alto y lujoso edificio de apartamentos en St. Paul. Mientras Hale y McGovern se apeaban del auto, Alva se acercó al portal y buscó entre las placas de los inquilinos.

Poco después, el ascensor dejaba a los tres hombres ante la puerta del apartamento de Nathan Pickens. En respuesta a la llamada del timbre se oyeron dentro pasos leves de pies calzados con zapatillas. Luego, la puerta se entreabrió y el afilado rostro de Nathan Pickens asomó por una rendija.

Pickens experimentó un sobresalto al reconocer la identidad del visitante. Alva Vienes empujó con violencia, el canto de la puerta golpeó al fiscal en la frente y lo tiró de espaldas al suelo mientras Alva entraba seguido de sus guardaespaldas.

—Lo siento —dijo Alva al hombre que le miraba furioso desde el suelo tocándose la frente donde empezaba a formarse un chichón—. No era mi intención hacerle daño. Me siento un poco nervioso esta noche, eso es todo. Muchachos, levantad al señor fiscal.



*Alva espió acurrucado tras la valla...*

4 - BLANCA

Pickens rechazó la ayuda de los guardaespaldas con un gesto indignado. Alva cerró la puerta.

—¿Qué significa este allanamiento de morada, Vicenes? —rugió.

—No se trata de un allanamiento, fiscal. Si le disgusta nuestra presencia nos marcharemos.

—Está bien. ¡Márchense! —dijo Pickens.

Alva pareció no oírlo. Cruzando el *living* fue a tomar asiento en el extremo del diván junto a una mesita llena de botellas y vasos. Tomó una botella en una mano y un vaso en la otra, arrancó el corcho de la botella con los dientes y lo lanzó lejos.

Se sirvió dos dedos de *whisky* y acabó de llenar el vaso de soda. Su ojo todavía estaba ligeramente amoratado, aunque había desaparecido la hinchazón del párpado. Sobre la ceja conservaba la tira de esparadrapo. Vestía con elegancia un bien cortado traje gris. Su camisa era inmaculadamente blanca y sobre ella destacaba una corbata que denotaba un buen gusto exquisito.

Desde el centro de la habitación era observado por Pickens, el cual vestía una bata por cuyo borde asomaban unos pantalones de pijama y los pies calzados con zapatillas.

—Sentiría haberle despertado —dijo Alva después de probar la suave mezcla de *whisky* y soda.

—No me ha despertado, pero su presencia en mi casa no me resulta muy grata que digamos —contestó Pickens.

—Lo siento. Las horas de la noche son las únicas que me permiten andar por la ciudad con una seguridad relativa. ¿Ignora que me persigue la policía?

—Vaya derecho al asunto, Vicenes. ¿Qué quiere usted?

—Poca cosa. Sólo vine a expresarle mi gratitud. Usted parece ser la única persona que cree en mi inocencia. El capitán Hyatt me lo acaba de decir.

—¿Ha visto usted a Hyatt?

—¡Oh, sí! Sostuvimos una charla amistosa hace unos minutos. El capitán me presentó sus disculpas por haber querido asesinarme anoche.

Pickens guardó silencio.

—Suponía que algo así debió de ocurrir —murmuró Pickens avanzando hacia un sillón y tomando asiento en él—. Los Lawler querían una justicia rápida y ejemplar para usted.

—Y usted se opuso. ¿Quiere decirme por qué pensó que yo era inocente?

—Era absurdo que usted hubiera derrochado tanto ingenio para armar aquella trampa mortal, y que, sin embargo, fuese al mismo tiempo tan tonto para disparar el arma desde el mismo árbol donde estaba la ballesta. Lo lógico, por lo contrario, es que usted pusiera

un hilo suficiente largo para desde otro árbol, desde el pie de uno de los postes que sostuvieron los toldos, o desde cualquier otra parte. El hilo fue recogido inmediatamente después de ser disparada la flecha. Pero usted acudió junto a Emma y el capitán Hyatt lo detuvo allí. No tuvo tiempo de recoger ni esconder el hilo, el cual, por otra parte, no le fue hallado encima.

—Entonces... ¿quiere decir eso que puedo entregarme a usted en la seguridad de que será puesto en libertad por falta de pruebas?

—Anoche yo le habría aconsejado que lo hiciera.

—¿Y ahora no?

—Su situación ha vuelto a agravarse tras las últimas investigaciones. La policía ha descubierto que fue la señorita Fair quien le remitió la invitación por correo.

Alva miró al fiscal lleno de asombro.

—¿Es cierto eso? ¿Fue la señorita Fair quien me envió la invitación?

Pickens asintió añadiendo:

—Como además ella estaba junto a usted al pie de aquel árbol, resulta que ambos tuvieron la oportunidad de tirar del cordel. Usted corrió hacia Emma cuando esta caía, pero la señorita Fair permaneció junto al árbol y tuvo tiempo de recoger y hacer desaparecer el cordel. Nadie pensó en detenerla y registrarla, hasta hoy.

—¡Pero eso es absurdo!

—No se lo parece así a la policía. ¿Acaso no estaba usted escondido en la casa de la señorita Fair?

—Sí.

—Usted y ella tuvieron un móvil para asesinar a Emma. Hyatt cree que se pusieron de acuerdo para cometer el crimen.

—¡Qué disparate! Bien que yo tuviera motivo. Pero, ¿y la señorita Fair?

Pickens clavó sus penetrantes pupilas en el sorprendido rostro de Vicenes, mientras dejaba caer lentamente sus palabras:

—La señorita Fair es la señorita Jane Talbot. Leila Fair es su seudónimo de periodista. Su verdadero nombre es Jane Talbot, de Reshaw, Oregón. Una hermana de la señorita Talbot fue secretaria de Winfield Smith...

Un vaso de *whisky* cayó al suelo derramándose su contenido

sobre la alfombra.

## CAPÍTULO IX

A las siete de la tarde, veintiséis horas después de su arresto, Jane Talbot fue puesta en libertad bajo fianza y, acompañada de su abogado Toward Tidball, abandonó la oficina del fiscal.

Había oscurecido por completo y un viento frío y húmedo parecía estar acumulando pesados nubarrones de tormenta al Norte, sobre las montañas. Jane Talbot permitió que su abogado la invitara a comer en un céntrico restaurante de Snelling Avenue, en Sat. Paul.

Una hora después, mientras iban en automóvil hacia la casa de Jane, lejanos relámpagos rasgaban las sombrías tinieblas de la noche. La atmósfera parecía electrizada, pero aún no se oían los truenos ni había empezado a llover. Tidball detuvo su automóvil ante la verja. La vieja casa se le antojó a Jane más fea y sombría bajo el medroso parpadear de los relámpagos. Por un momento estuvo tentada de rogarle a Tidball que la llevara a un hotel, pero sintió vergüenza de su propio temor y se limitó a invitar a Tidball a tomar una copa.

El abogado la acompañó hasta la casa. Mientras Tidball paladeaba una copa de Oporto en el *living*, Jane aprovechó para examinar todas las ventanas de la planta baja, asegurándose de que estaban bien cerradas, así como la puerta de la cocina que daba a la parte de atrás.

Jane regresó más tranquila a la sala donde Tidball apuraba su Oporto.

—Creo que voy a marcharme —dijo Tidball atisbando por los cristales de la ventana—. Se está preparando una buena tormenta, y mi mujer se pone muy nerviosa cuando descarga una de estas tempestades eléctricas. Usted me disculpará.

Jane acompañó al abogado hasta la puerta. Cerró, corrió el pestillo y puso también la corta cadena de seguridad. Encendiendo la luz de la escalera y entrando para apagar la luz del *living*, Jane subió a su habitación cuando empezaban a descargar los primeros truenos, haciendo estremecer la vieja casa hasta sus cimientos.

«Napoleón», el gato de Angora, había ido a refugiarse asustado en la cama de su dueña. Tenía el largo pelo erizado y daba muestras de inquietud profiriendo lastimeros maullidos. Jane trató de acariciarle, pero el gato rehuyó su contacto y fue a refugiarse en la butaca.

Jane se desnudó, se puso el camisón y se metió entre las sábanas. Apenas había podido dormir la noche anterior mientras estaba detenida y sentía sueño y cansancio.

Apagó la luz, pero siguió con los ojos abiertos, viendo cómo el resplandor de los relámpagos se filtraba a través de la cortina que tapaba la ventana. Los truenos retumbaban con estrépito. También la vieja casa parecía llena de extraños ruidos, murmullos, crujidos y susurros. En determinado momento, un golpe seco en el techo hizo pegar un sobresalto a la muchacha.

Escuchó con ojos agrandados por el temor, mirando en la oscuridad al cielo raso. La casa tenía arriba un espacioso desván lleno de muebles viejos y de polvo. A poco de adquirir la casa, Jane había descubierto ratones en el desván. Estos producían ruidos como los de una persona andando, más entonces Jane no sintió miedo.

Esta noche sí lo tenía por alguna razón inexplicable.

«Nervios nada más. Debí tomar un calmante», se dijo.

Crujía el techo como a la presión de unos pasos muy pesados, pero no se oía ningún ruido. De pronto estalló un trueno fragoroso acompañado de un vivísimo relámpago. La lluvia azotó los cristales de la ventana con rumor que apagaba todo otro ruido a excepción de los truenos. El gato abandonó la butaca y fue a refugiarse de nuevo en la cama haciéndose un ovillo a los pies de su ama.

Repentinamente sonó un crujido y las puertas vidrieras de la ventana se abrieron con violencia. Una manga de aire frío y húmedo entró en la habitación haciendo revolar las cortinas...

Janet saltó de la cama, corrió a la ventana y la cerró contra la fuerte oposición del viento. Estaba asegurando la falleba cuando

oyó otro estruendo tras sí. Se volvió erizada de frío. Era la puerta la que se había abierto. Jane pensó que era un fenómeno muy extraño, debido quizá a un juego de las presiones y depresiones creado por la corriente de aire.

Siguió asegurando la ventana. Luego corrió las cortinas y se dirigió a cerrar la puerta... El gato tenía el lomo arqueado...

La puerta, como en cualquier habitación, se abría hacia dentro. Jane la tomó por el borde y la cerró. Entonces vio al hombre que estaba oculto tras la puerta pegado contra la pared.

Jane profirió un chillido electrizante que hizo saltar a «Napoleón» hasta el techo. La oscuridad era profunda en aquel instante en la habitación y la muchacha sólo alcanzó a distinguir la sombra más compacta del hombre que se separaba del muro y empezaba a andar en dirección a ella...

Jane retrocedió llevándose las manos al pecho... La siniestra figura seguía avanzando... avanzando...

—¡No! ¡Nooo! —gritó Jane al mismo tiempo que tropezaba con el borde del lecho y caía sentada en el borde de la cama.

El hombre saltó hacia ella. Jane quiso gritar de nuevo, pero unas manos de acero estrangularon su grito al cerrarse como tenazas sobre su garganta. Jane cayó hacia atrás y el hombre cayó sobre ella.

La súbita sensación de asfixia que sintió llenó de terror a Jane. Trató de luchar clavando sus uñas en el rostro del asesino, pero éste echó la cabeza atrás. Sus brazos eran mucho más largos que los de Jane y ella no alcanzaba.

Un velo rojizo cayó sobre las pupilas de Jane. Sentía que las fuerzas empezaban a abandonarle, cuando los nervudos dedos aflojaron su presión y una voz ronca habló en la oscuridad:

—Ésta es tu última oportunidad, Jane Talbot. ¡Habla! ¡Tú asesinaste a Emma Lawler!

—¡No! —gritó Jane—. ¡No! ¡Soco...!

Las manos apretaron de nuevo la garganta de Jane, ahogando el grito que ella iba a prorrumpir. Una extraña obsesión se apoderó de la muchacha en el último instante. Si iba a morir asesinada quería antes ver el rostro de su matador. ¡Quería verlo!

Su mano buscó a tientas la perilla del conmutador de la lamparilla que colgaba sobre la cabecera de la cama. La perilla

escapó de sus crispados dedos y golpeó contra la chapa de la cama... Brilló un relámpago, pero la luz que alcanzó a entrar en la habitación, a través de las espesas cortinas, no bastó para iluminar las facciones del asesino... El trueno llegó muy débil hasta los oídos de Jane. Comprendió que era ella quien se debilitaba. Perdía el sentido, caía hacia un abismo sin fondo... rodando... rodando...

De pronto cesó la horrible presión de las manos del asesino sobre su garganta. Jane se dio cuenta de ello quizás unos segundos después que el oxígeno vivificante empezó a circular de nuevo por sus pulmones...

Y repentinamente brilló la luz. El propio asesino la había encendido.

¡Era Alva Vicens!

El terror desapareció de Jane como borrado por encanto. Y a pesar de que la expresión del rostro de Alva era sombría, ella no sintió miedo, sino más bien sorpresa e indignación. Estaba medio desnuda echada en la cama y él se encontraba sentado a su lado, mirándola con fijeza.

—¡Alva, usted!

—Parece realmente sorprendida —dijo él.

—Sí, lo estoy. Me ha dado, un susto tremendo... creí que de veras me estrangulaba usted.

—Hubiera querido tener esa fría resolución del verdadero asesino para poder hacerlo... Usted sabe a qué me refiero.

—¡Alva!

—Usted asesinó a Emma Lawler.

—¡Dios mío, no!

—¡Sí, usted la mató! —rugió Alva clavándole los dedos en el desnudo brazo—. No se llama usted Leila Fair, sino Jane Talbot.

—No lo niego, me llamo así...

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Todo el mundo aquí me conoce por Leila Fair, es mi seudónimo de escritora.

—Usted es hermana de Grace Talbot, la que fue secretaria de Winfield Smith en Rashaw, Oregón. Supongo que vino a Saint Paul al enterarse de alguna forma que Smith tenía el propósito de casarse con Emma Lawler. Su hermana de usted estaba cobrando mil dólares mensuales de Smith... una renta sustanciosa, o un chantaje

mejor dicho, que ustedes tenían perder una vez casado Smith. Cuando usted supo que yo había estado en Lawler House con la falsa Grace Talbot, se apresuró a venir a mí casa para sonsacarme todo lo que yo sabía del asunto. Me cayó usted simpática, bebí y hable por los codos... Apuesto a que allí en mi casa, al quedarme dormido, usted concibió la diabólica idea de asesinar a Smith y hacerme aparecer como culpable. Esa noche se dirigió a Lawler House, montó la trampa y dejó el hilo que dispararía la ballesta escondido en el tronco. Volvió a su casa. La redacción del periódico había recibido unas cuantas invitaciones en blanco... para el director y también para un par de periodistas. Usted sustrajo una de las invitaciones y me la remitió por correo para que yo la recibiera a la mañana siguiente poco antes de celebrarse la boda. ¡Niegue que sea cierto lo que estoy diciendo! —rugió Alva.

La muchacha contestó serenamente mientras se subía el camisón para cubrir su desnudo hombro.

—Ha dicho usted cosas que son ciertas y otras que no lo son. Yo le envié esa invitación, aunque por motivos distintos de los que supone. En realidad me gustó usted cuando fui a verle a su casa. Me dije que era injusto que aquella estúpida *miss* Lawler se burlase de usted como lo estaba haciendo... y le envié la invitación para ver si tenía los arrestos de hombre necesarios para acudir, ver cómo su adorada se casaba con otro y destruir para siempre la falsa imagen que usted había levantado en su corazón.

—¡Oh, no... no fue eso! —negó Alva rechinando los dientes furioso—. Lo que en realidad supuso fue tenerme a su lado en el momento en que se dispararía la ballesta. Yo corrí hacia Emma cuando acababa de caer atravesada por la flecha y usted aprovechó la confusión para tirar del hilo, desengancharlo de la ballesta y hacerlo desaparecer en su bolso, o en su cámara fotográfica o su escote. Nadie pensó en registrarla. En cambio me detuvieron a mí porque había estado al pie del árbol y tuve las mismas oportunidades de usted o el capitán Hyatt de dar el tironcito fatal al maldito hilo. ¡Fue usted, Jane Talbot, quien asesinó a Emma Lawler!

Esta vez la muchacha quedó mirándole gravemente, fija, sin parpadear. Alva hubiera querido golpearla, apretarle de nuevo el cuello... hacerla gritar de dolor y terror hasta confesar su maldad,

su cinismo y su crimen. Porque en realidad y mirando aquellos hermosos y honrados ojos, Alva no podía creer que ella lo hubiese hecho.

—Está usted en un error, Alva. Lo siento —murmuró la muchacha sacudiendo sus suaves cabellos castaños—. Quitando que tuve la oportunidad como usted mismo, es absurdo pensar que yo asesinar a Emma Lawler, solamente por el infantil temor de que Smith dejara de pasar su pensión a mí hermana y mi sobrino, después de casarse con la señorita Lawler. Smith, aunque es un hipócrita, no puede dejar de reconocer en su fuero interno que el hijo de mi hermana es también hijo suyo. Si no fuese así, ¿regalaría Smith doce mil dólares anuales, ni siquiera como limosna? El hecho de haber estado atendiendo a la manutención de la madre y el hijo y la educación del pequeño durante años, planteado ante los tribunales, significaría el reconocimiento tácito por parte de Smith de que aquél era su hijo. En consecuencia, no podría negarse a seguir dando dinero, al menos para mantener y educar al niño. No podría negarse aunque contrajera matrimonio con Emma Lawler.

—¡Ah, espere, hay algo más que usted acaso sepa y pretende pasar por alto! —exclamó Alva—. Me he pasado todo el día andando de una parte a otra, aun a riesgo de ser cogido por la policía, y he averiguado unas cuantas cosas. Norton tiene realmente una formidable agencia de detectives. Éstos han averiguado entre otras cosas lo siguiente... Después que yo salí de Lawler House, el viejo Lawler reunió a su hijo y a Smith y planteó lo que, según él, era un caso de conciencia. Dispuso que cuando Smith estuviese casado reconocería al hijo de Grace Talbot y lo traería a su propia casa como padre suyo que era. De este modo no tendría que seguir pagando a la antigua secretaria y se pondría freno a las murmuraciones que pudieran perjudicar la carrera política de los Lawler.

—Yo ignoraba eso.

—Al menos eso es lo que dice. Pero quizás no lo ignoraba. Ésa sí pudo ser una buena razón para asesinar a Emma e impedir la boda, dado que si ésta se celebraba, Smith le retiraría su pensión a su hermana de usted y le quitaría al niño. Mil dólares mensuales son un substancioso ingreso, suficiente para que un niño y una intrigante vivan con comodidad y sin preocupaciones.

—¡No puedo consentir que hable usted en esos términos de mi hermana! —protestó la muchacha con los hermosos ojos llenos de lágrimas—. El detective que usted envió a Rashaw debió informarle mal. Ni un centavo de ese dinero ha tocado mi hermana. Ella sigue trabajando y manteniendo con su exclusivo esfuerzo al niño. Todo el dinero que Smith le envió pasó a ingresar una cuenta de ahorros del niño... para atender su educación futura cuando mi hermana ya no pueda trabajar y los gastos del muchacho superen a los ingresos. Aunque ese niño no tenga padre, nunca tampoco sentirá la falta de cariño paterno. Todos le queremos mucho.

—Tanto que usted decidió impedir la boda de Smith para que éste no pudiese reclamarles el niño.

—¡Cómo puede pensar eso! En todo caso, lo que habría hecho sería matar a Smith, no a su novia.

—Bueno, tal vez fuera eso lo que en realidad se propuso usted.

—¿Qué insinúa?

—También he averiguado algo a ese respecto. Según parece demostrarlo todo, Smith debió morir en lugar de Emma Lawler. Los detectives privados han estado hoy en Lawler House haciendo pesquisas entre la servidumbre y visitaron a la firma que alquiló las alfombras.

—¿De qué alfombras está hablando?

—Pues, naturalmente, de las que se alquilaron para alfombrar el pasillo a través del césped y también el estrado donde se levantó el altar. Estas alfombras se extendieron la tarde de la víspera para el ensayo general de la ceremonia. Esta tarde hubo una tormenta y, como es natural, los empleados de la firma que alquilaba procuró por la propiedad de la casa quitando las alfombras para que no se mejoran.

—¿Qué tiene que ver todo eso? —inquirió Jane intrigada.

—Para quitar la alfombra que cubría el estrado tuvieron que levantar aquella especie de barandilla almohadillada que serviría de reclinatorio. Retirada la alfombra, la barandilla fue dejada de nuevo sobre el estrado y cubierta con un encerado. Pero probablemente con las prisas quedó fuera de su lugar verdadero, algo desviada respecto a la recta del pasillo por dónde desfilaría el cortejo. De noche y con escasa luz, el asesino sin duda no reparó en esa desviación. Apuntó la ballesta al lugar donde estaría el novio...

hasta es posible que hiciera una prueba poniendo una diana recostada contra el reclinatorio y haciendo funcionar la trampa... El asesino debió marcharse satisfecho... ignorando que a la mañana siguiente, al poner los obreros de nuevo la alfombra, quitaron la barandilla y la volvieron a colocar, esta vez en su lugar exacto frente al pasillo. El blanco en realidad fue movido a un lado, pero la ballesta no se movió porque estaba fuertemente atada a la rama apuntando a un lugar fijo... y ese lugar era la espalda de Emma Lawler, en vez de la de Winfield Smith como usted pensó.

Jane Talbot guardó silencio. La aclaración de Alva parecía haberle arrebatado el habla o acaso la sumió en profundas reflexiones.

Pero Alva sólo vio en su silencio la confesión de su delito.

—Dígame la verdad, Jane. ¿Fue usted? ¿Sí? Y si lo hizo, ¿por qué quiso envolverme a mí, haciéndome parecer sospechoso? ¿Qué daño le había hecho yo para querer cargarme con ese crimen?

Ella levantó los ojos y le miró entre dolorida y estupefacta.

—¿Cómo puede pensar eso de mí? —exclamó con pupilas empañadas de lágrimas—. ¿Por qué iba a quererle tan mal? Me fue usted simpático la primera vez que le vi... y la segunda y todas las veces, a decir verdad. Cuando fui a visitarle a su casa no creí que fuera necesario decirle quién era yo en realidad. Luego las cosas se complicaron... Pensé que si le confesaba que yo le había enviado la invitación y luego decía que era Jane Talbot, usted relacionaría unas cosas con otras; mi nombre... la invitación... la casualidad que nos llevó a los dos bajo aquel árbol... y pensé que pensaría... ¡lo que pensó! ¡Oh, Alva, lo siento mucho! Yo...

Se interrumpió de pronto, se cubrió las sofocadas mejillas con las manos y ocultó el rostro para sollozar quedamente.

Teniendo en cuenta que había ido allí y se encontraba oculto en el desván de la casa desde las siete, esperando su regreso para obligarla a confesarse autora del crimen, el sentimiento de Alva Vicens al verla sollozar carecía de lógica.

El corazón de Alva, repentinamente desbordado de ternura, le impulsó hacia ella irreflexivamente. Le tomó las manos y se las apartó descubriendo el bello y húmedo rostro.

—Jane, perdóname. Soy un tonto. En el fondo no puedo creer que lo hicieras.

Se miraron a los ojos. Luego, con toda naturalidad Alva se inclinó y la besó en los labios.

Le ciñó la muchacha el cuello con su torneado brazo, correspondiendo apasionadamente a la caricia... Retumbó un trueno que hizo estremecer la casa. Jane despegó sus labios y se refugió en el pecho de él suspirando:

—¡Cómo siento haberte complicado tu situación, precisamente cuando la policía estaba convencida de que tú no fuiste el asesino!

—Bueno, los dos estamos metidos en esto hasta el cuello. ¿Nos ahorcarán al mismo tiempo? —preguntó él, pensativamente.

Jane se apartó de él con un estremecimiento nervioso. Sus pupilas se dilataron expresando miedo.

—¡Alva, huyamos ahora mismo! ¡Vámonos antes de que sea demasiado tarde!

—¿Estás hablando en serio, querida?

—Nada podrá salvarnos. ¿No lo comprendes? Los dos tuvimos un móvil... la oportunidad de ponernos de acuerdo y también de realizar en complicidad el crimen. Si después de esto supiera la policía que nos queremos, la conclusión a la que llegaría sería nefasta para los dos.

—Razonemos serenamente. Si huimos jamás podremos volver a este país. Quizá nos cojan por el camino antes de alcanzar la frontera... eso es lo más seguro. La policía cerrará este caso decidiendo que los dos cometimos el crimen, y esa mancha pesará sobre nosotros toda la vida, obligándonos a huir y hasta cambiar el nombre mientras el verdadero asesino disfruta de libertad. ¿Vamos a permitir que el criminal, sea quien sea, se ría de nosotros? ¿Por qué hemos de pagar nosotros su delito?

—¡Pero si no sabemos quién fue, Alva!

—Algo hemos adelantado con todo lo que sabemos, sobre todo ahora, que existe una razonable probabilidad de que el asesino se propusiera matar a Winfield Smith, en vez de Emma Lawler. Busquemos una respuesta a esta pregunta: ¿Quién desearía la muerte de Smith? ¿Los Lawler? No parece razonable. Más sencillo que matarle, con riesgo a errar, hubiera sido suspender la boda. Sabemos que no fuimos nosotros. Alguien que le odiaba... ¡Pickens!

—¿El fiscal?

—Sí, él mismo. Por lo que los detectives de Norton han

averiguado entre la servidumbre, Pickens y Winfield Smith se odiaban a muerte. Es natural que fuera así. Smith suplantó a Pickens ganando el favor del viejo Lawler. No sólo le arrebató las simpatías de Lawler, sino que también le quitó a Emma. Pickens la amaba. Jamás hubiera pensado que yo fuera capaz de asesinar a Emma. Pero todo cambia si la muerte de Emma se debió a error y Pickens se proponía matar a Smith en vez de a ella.

Alva guardó pensativo silencio, diciendo después:

—Jane, ¿nos decidimos a correr el riesgo?

—¿Cuál riesgo, Alva? Me da miedo hasta moverme de esta cama.

—Vístete y vamos a hacerle una visita a Lawler. Pero antes pasaremos por la casa de Smith y le comunicaremos nuestras sospechas.

## CAPÍTULO X

Corriendo bajo la lluvia, Alva Vicenes regresó al automóvil donde era esperado por Jane Talbot. La joven se envolvía en un viejo abrigo deportivo y fumaba nerviosamente. Alva subió al coche y cerró la portezuela. En el asiento posterior, McGovern preguntó:

—¿Qué ocurre, jefe?

—Smith no está en su casa. Su mayordomo dice que fue a la mansión de los Lawler esta tarde y telefoneó después, asegurando que se quedaría allí hasta muy tarde.

—Creo que celebran mañana los funerales de la chica —dijo también desde atrás Bob Hale—. Seguramente están velando el cadáver.

—Bien, iremos allá —dijo Alva empuñando el volante.

Nadie pronunció una palabra durante el recorrido hasta Lawler House. El auto se detuvo ante la cerrada verja. Al fondo, entre los barrotes de ésta, se veía la casa con bastantes ventanas iluminadas, sobre todo en la planta baja. Alva hizo sonar el claxon y el guarda acudió envuelto en su impermeable. Salió por la entrecerrada verja y vino hasta el automóvil.

—Soy Alva Vicenes. Deseo ver al señor Lawler.

—El señor Lawler no recibe a nadie. Únicamente los miembros de la familia pueden entrar.

—Creo que míster Smith se encuentra aquí.

—Él es como si fuera de la familia —observó el guardián.

—Bien, avise de todos modos a míster Lawler. Estoy seguro de que me recibirá cuando le diga mi nombre. Si a pesar de todo se negara a recibirme, diga por favor a míster Smith que estoy aquí y deseo hablar con él sobre algo de mucha importancia.

El guardia se alejó bajo la lluvia. En el cielo sombrío, por detrás

de la mansión, los relámpagos rasgaban las tinieblas de aquella oscura, fría y desapacible noche de setiembre.

El grupo esperó en silencio dentro del coche hasta que de nuevo apareció el guardia, quitó la cadena que mantenía las hojas de la puerta entreabiertas y abrió de par en par.

Alva pisó el acelerador y el auto se puso en marcha con la suavidad característica del embrague automático.

Cuando el auto llegaba ante la casa se encendieron las luces del exterior. Había varios automóviles allí aparcados, entre ellos uno de la policía metropolitana. Bajo la lluvia se veían también dos motocicletas.

Al detenerse el auto, dos agentes de tráfico salieron por la derecha, mientras el sargento Richey y dos detectives, envueltos en sus gabardinas y las manos en los bolsillos, avanzaron inclinando el ala de sus sombreros. Richey dijo al encontrarse con Alva:

—Queda usted detenido, Alva.

—De acuerdo. Espero que eso no me impida hablar con míster Lawler.

—Él no le recibirá, pero míster Smith está aquí... y también el fiscal.

—No sabe cuánto me complace oírle. Vamos, Jane.

La muchacha salió del auto y marchó entre Alva y Richey hasta la casa. Smith les estaba esperando en el lujoso vestíbulo de piso y columnas revestidas de mármol. Un poco más allá, en la puerta de la biblioteca, Natham Pickens, el fiscal, les observaba.

—¿Me han dicho que quiere usted hablar conmigo, Vienes? —dijo Winfield Smith.

—Sí.

—Vengan a la biblioteca.

—Veo que está aquí también el fiscal. Me gustaría que él se encontrara presente en la conversación.

Smith miró a Pickens y éste asintió. Estaba pálido, los ojos le brillaban y tenía profundas sombras bajo los párpados. El sargento siguió al grupo a la biblioteca y se quedó junto a la puerta.

Un hombre joven entró con paso rápido y elástico. Era Charles Lawler. El joven Lawler jamás había visto con simpatías las relaciones entre su hermana y Vienes. Fue Carl quien inventó el mote de «El bello *gángster*», por el cual y omitiendo el «bello»

llegaron a conocer a Alva todos los amigos y miembros de la familia.

—Todavía está caliente el cadáver de mi hermana —dijo Carl, muy aficionado a las frases hechas, sobre todos si eran melodramáticas... Hizo un gesto de asco—. ¿Cómo te atreves a poner tus pies en esta casa?

Alva contestó:

—Sé que quisiste asesinarme, Carl. Te disculpo, comprendo tu dolor por lo ocurrido a tu hermana, pero yo no la maté.

—Serás ahorcado, como me llamo Carl Lawler.

Pickens dijo con acento irritado:

—Por favor, Carl. Deja a Vicenes que hable. Parece que tiene algo importante que decirnos.

—Sí —dijo Alva mirándole—. Usted asesinó a Emma Lawler.

No se inmutó el rostro de Pickens, pero a Alva le pareció que su expresión acusaba todavía más cierto cansancio físico así como un profundo dolor moral.

Alva continuó, volviéndose hacia Smith:

—Hasta aquí se ha supuesto siempre que el asesino se propuso matar realmente a Emma. Después de investigar el asunto, he llegado a la certeza casi absoluta de que era a usted a quien el asesino quiso matar, señor Smith.

Smith contestó impasible:

—Ya lo había pensado yo también, señor Vicenes.

La aparente indiferencia de Smith hizo que se tambaleara la confianza de Alva.

—¿Crees usted que ella quiso matarle, Smith? —preguntó, y señalaba a Jane Talbot, antes Leila Fair.

Smith miró a la muchacha y sonrió levemente.

—No, no lo creo. Jane y yo somos buenos amigos. El diálogo entre su hermana y yo era imposible, pero Jane siempre tuvo éxito en su papel de mediadora. No creo que me aprecie, pero tampoco la creo capaz de quererme tan mal. Yo la animé a venir a St. Paul y le ofrecí la oportunidad de entrar en la redacción del periódico... Jane es una muchacha inteligente. No merecía que sus cualidades como periodista y escritora no llegaran a manifestarse jamás en aquel

indecente poblacho.

—Muy bien —dijo Alva maravillándose—. Entonces, si no cree que fue Jane, ¿quién piensa que pudo querer matarle?

—Usted —contestó Smith. Se volvió hacia Pickens—. O el fiscal. O tal vez Carl Lawler.

Carl pegó un brinco de sorpresa.

—¿Qué significa esto, maldición? ¿Vamos a permitir que este *gángster* llegue aquí a sembrar la discordia entre nosotros? ¡Tú no puedes haber dicho eso en serio, Winfield!

—He examinado cada posibilidad —repuso Smith fríamente—. A Pickens tuve que descartarle. La noche anterior a mi boda estuvo en mi casa con los demás amigos celebrando mi despedida de soltero. Después de beber nos pusimos a jugar. Se nos hizo muy tarde y algunos decidieron aceptar mi invitación de quedarse a dormir en mi casa. Pickens fue de los que se quedaron. Había bebido mucho, quizá para ahogar el despecho que le consumía por dentro. Su estado síquico era el apropiado para tramar mi muerte, pero no pudo hacerlo. Mi mayordomo le llevó a la cama y luego cerró su habitación con llave por precaución.

—¿Y él? —preguntó Alva señalando a Carl.

—¿Carl? Sí, él tuvo la oportunidad. Nunca simpatizó conmigo, hubiera hecho cualquier cosa por su hermana, y sabía cómo montar una ballesta en la rama de un árbol, sobre el cual había jugado de niño...

—¡Imbécil! —rugió Carl con la faz purpúrea—. ¡Si yo hubiera apuntado la ballesta para asesinarte a ti, no habría matado a mi hermana!

—Y si la hubieses matado no habrías tenido serenidad para contemplar el rostro de tu hermana muerta, eso es cierto —dijo Smith. Y se volvió de nuevo hacia el fiscal—. Por lo tanto, tuvo que ser Natham Pickens...

Carl estalló irritado:

—Winfield, tú mismo acabas de decir que Pickens no pudo ser. La trampa fue montada la noche anterior a la boda, y esa noche Natham la pasó en tu casa. Salió con la hora justa para correr a su casa, ponerse el frac y acudir a la boda. Cuando Pickens salió al amanecer de tu casa, aquí ya estaba todo el mundo en pie y los hombres trabajando afuera instalando las alfombras, arreglando las

sillas y todo lo demás. ¡Fue Alva, ese maldito ladrón, quien mató a mí hermana!

Smith inquirió sin perder su calma:

—¿Cómo llegó usted a la conclusión de que la flecha que mató a Emma iba destinada a mí, señor Vicenes?

—Indagando. La tarde anterior hubo una tormenta al finalizar el ensayo general. Los hombres quitaron las alfombras y la barandilla que serviría de reclinatorio quedó fuera de su lugar. El asesino llegó durante la noche y buscó una posición desde la cual, amarrando la ballesta a una rama, apuntaría al lugar que usted ocuparía durante la ceremonia. Probablemente el asesino llevó una de esas dianas que hay por el parque y la puso como blanco para apuntar la ballesta. Quizá hizo uno o dos disparos para convencerse de que la flecha daría en el blanco. Luego se retiró. Ignoraba que al amanecer del día siguiente los obreros movieron de nuevo el reclinatorio, para poner la alfombra en el estrado, y que, al colocar la barandilla, ésta quedó desplazada del lugar donde había estado durante la noche. Por esta razón, al dispararse la ballesta, la flecha alcanzó a Emma en vez de herirle a usted.

Smith asintió con profundos movimientos de cabeza.

—Naturalmente, la persona que montó la trampa tuvo que ser un excelente tirador de ballesta. Carl es un buen tirador de ballesta. Sólo otra persona aparte de Carl pudo confiar su vida a su propia puntería, es decir, Emma. Por lo tanto, fue Emma quien montó la trampa.

Un silencio estupefacto siguió a las palabras de Winfield Smith. Los hombres se miraron unos a otros, a excepción de Pickens, que siguió impassible.

—¡Tú estás loco, Winfield! —exclamó Carl Lawler—. ¡Emma estaba contigo en el altar y no pudo disparar la ballesta contra sí misma!

—No contra sí misma, Carl, sino contra mí —repuso Smith—. No olvides que era a mí a quien quería matar.

—¡Pero Emma no pudo hacer eso ella sola!

Smith volvió sus azules ojos hacia Pickens. Éste suspiró y movió la cabeza afirmando:

—Así fue cómo ocurrió, Smith.

—Tú disparaste el arma.

—Sí.

Una persona acababa de entrar en la biblioteca deteniéndose en la puerta, junto al sargento Richey. Esta persona era míster Lawler, el cual pudo escuchar las últimas palabras de los allí reunidos y lanzó una ronca exclamación de rabia y sorpresa:

—¡Fuiste tú, Pickens!

—Emma montó la trampa —repuso Pickens, pálido aunque sereno y dueño de sí mismo—. Seguramente se levantó antes del amanecer, salió de la casa y puso la ballesta en la forma que dijo Vienes para que al tirar del hilo la flecha hiriera certeramente a Smith.

—¡Seguramente! ¿Es que no lo sabes? —rugió Lawler.

—No tuve mucho tiempo para hablar con Emma —dijo Pickens—. Ya estaba vestida con el traje de novia cuando me llamó a su habitación e hizo salir a las doncellas y la modista. Me dijo que estaba desesperada. Aunque había creído que podría aceptar el sacrificio de su dicha acatando la voluntad de usted, Lawler, su hija sintió flaquear sus fuerzas al aproximarse la hora de la boda. Sabía que como católica y en armas de la tradición religiosa de la familia, no podría divorciarse de Smith, por lo menos hasta que muriese usted... Pero Emma no estaba dispuesta a esperar tanto. Nunca le había gustado acatar órdenes ni imposiciones, y lo ocurrido la tarde anterior acabó por exasperarla. Usted propuso que Smith traería su hijo ilegítimo a casa... Esto de tener en su hogar un niño que no era suyo era más de lo que Emma podía soportar.

—¡Ella no hizo objeciones cuando tomé esa decisión! No era una decisión irrevocable, después de todo. Y después de todo el niño iba a estar todo su tiempo en un colegio —exclamó Lawler aterrado.

—Ya en aquel punto Emma no se molestó en protestar. Había tomado su decisión. Cuando me recibió en su habitación me habló exaltadamente. Dijo que durante su viaje a Europa había reflexionado, y que lo que debería haber servido para olvidar su capricho pasajero por Alva Vienes, se convirtió en una prueba de su amor por mí... Sí, ella me amaba. Se daba cuenta en el momento de perder su libertad y protestaba como una yegua salvaje al sentir por primera vez la brida. Yo traté de calmarla. Le hice comprender que era demasiado tarde para retroceder, que usted no toleraría un escándalo y que todo ello daría pie para que la Prensa hablara

mucho y quedara perjudicada la carrera política de usted... Emma me atacó entonces. Me acusó de ser un cobarde, de no haber sabido defender mi amor... La llamaron avisando que la ceremonia iba a comenzar. Emma despidió a la doncella con un grito, me tomó de la mano y me llevó a la ventana. En la parte de afuera vi un hilo. Emma me dijo poco más o menos así: «Natham, si de veras me amas, si al verme allí abajo junto a Smith te sientes con valor para desafiar al mundo por mí... tira de ese hilo». Fue entonces cuando me explicó brevemente que el hilo dispararía una ballesta apuntada contra Smith, y que recuperando el hilo no quedarían huellas del criminal. Me horroricé ante semejante idea. Ella me miró por última vez y salió...

Pickens se interrumpió para mirar a su alrededor los rostros crispados de sus oyentes. Míster Lawler exclamó:

—¡Tú supiste con tiempo que la ballesta estaba allí, para ser disparada... y no dijiste nada a nadie!

Pickens levantó los hombros.

—Pensé en hacerlo. ¿Mas para qué? Nadie sabía de aquella arma oculta entre las ramas del árbol. Y nadie iba a dispararla... Eso pensaba yo cuando Emma salió de la habitación. Me quedé solo allí arriba. A poco empezó a sonar la música. Smith inició el desfile. Salió Emma y tomó el pasillo. La ceremonia comenzó y yo empecé a sentir que me dominaba una terrible angustia. Emma allí... casándose con un hombre al que no amaba... y yo que la amaba y era correspondido... ¡Fue horrible! Las palabras de Emma me martilleaban los oídos: «Cobarde... eres un cobarde». Me pregunté si lo era. Allí estaba el hilo, al alcance de la mano. Los toldos me ocultaban de la mayor parte de los invitados. Nadie miraba y yo podía tirar del hilo desde el interior de la habitación... ¡Sólo un tirón y Emma sería libre! ¡Y ella lo esperaba... estaría conteniendo el aliento esperando oír el silbido de la flecha que la libraría de su sacrificio! ¡Y luego sería mía! Me sentí capaz de escapar con ella al fin del mundo, de cambiar de nombre y de profesión, renunciar a todo... ¡Y no tenía tiempo que perder! Cogí el hilo y tiré... ¡Y fue Emma quien cayó con la garganta atravesada!

Pickens miró a su alrededor. Luego se dirigió a una silla y se sentó. Su rostro estaba lívido y cubierto de gruesas gotas de sudor. Como una losa de plomo pesó el silencio sobre los hombres. Míster

Lawler, desencajado y con la mandíbula caída, debía considerar aterrado las consecuencias de su errada obstinación de padre. Había ofrecido a su hija una única salida y ella la tomó... Y Dios la castigó descargando sobre ella la muerte fulminante preparada para el hombre que iba a ser su marido...

Silenciosamente, Alva Vienes tomó a Jane de la mano y se la llevó hacia la puerta.

Nadie intentó detenerles...

FIN

**veterano tiene eso  
un veterano sabor**



VETERANO  
ES DE  
OSBORNE



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain